

James Patterson
BOOKSHOTS

Elizabeth Hayley

RADIANTE



Trilogía Diamante: LIBRO 2

James Patterson
BOOKSHOTS

Elizabeth Hayley

RADIANTE



Trilogía Diamante: LIBRO 2

Radiante

Trilogía Diamante, Libro 2.

ELIZABETH HAYLEY

Prólogo de

JAMES PATTERSON

OCEANO *expres*

Prólogo

Cuando comencé a pensar en el proyecto de Bookshots, sabía que quería incluir series románticas. El propósito de Bookshots es ofrecerle al público lecturas fugaces que enganchen completamente y a las que dediquen un par de horas de su día, así que publicar romance me parecía natural.

Le tengo mucho respeto a los autores de novelas románticas. Me aventuré en el género con *Suzanne's Diary for Nicholas* y *Sundays at Tiffany's*, y aunque me sentí satisfecho con los resultados, descubrí que para escribir ese tipo de historias se requería mucho trabajo y dedicación. Por eso, para Bookshots, busqué hacer equipo con los mejores autores de romance. Trabajo con escritores que saben provocar emociones en sus personajes al tiempo que catapultan sus tramas.

Espero que ésa sea la razón de que hayas elegido este libro, *Radiante*. Quizás estabas tan involucrado con la relación de Derick y Siobhan, que querías leer más. En este volumen, Siobhan se ha mudado a Detroit y Derick no sabe cómo acercarse para recuperarla: parece que la pareja no logrará vencer los obstáculos que los separan. A menos que el amor sí sea, a fin de cuentas, la fuerza más poderosa sobre la Tierra...

James Patterson

Capítulo 1

Derick Miller recorrió el espacio una vez más, escuchando el eco que cada uno de sus pasos producía en el suelo de madera oscura. “Paredes blancas, ubicación ideal. Es perfecto”. Janet caminó hasta donde Derick se había detenido para mirar la calle por la ventana.

—¿Tiene alguna pregunta?

Derick se dio vuelta para mirarla y metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—Una sola: ¿qué tan pronto podrás tener listos los papeles para que firmemos? Tomaré el local.

Capítulo 2

Abriéndose paso entre la multitud, Siobhan Dempsey se encaminó hacia la parte trasera del enorme lugar, en dirección al buffet.

—*Tienes* que probar los dumplings.

Siobhan vio cómo, unos pasos más allá, Wendell engullía los grasientos rollitos y arqueó una ceja, divertida. Había conocido al despreocupado artista hace un mes, a su llegada a Detroit, y sólo lo había oído hablar de dos cosas: comida y el edificio en el que estaban en ese momento.

—No *tengo* que hacerlo —replicó Siobhan con una mueca, y optó por tomar un pequeño emparedado y un poco de fruta.

Desde que Wendell había descubierto que a Siobhan no le gustaba la comida china, había tomado como misión personal lograr que al menos probara los dumplings del restaurante que estaba a una cuadra de su edificio. Entre eso y salvar de la destrucción el edificio en el que se encontraban —sobre todo el mural de una de las paredes laterales— Wendell se mantenía bastante ocupado. Al menos ya había logrado uno de sus objetivos.

—Sí hay algo que *tienes* que hacer: celebrar —declaró.

—Y para celebrar, hay que tomar —balbuceó Lilah, mientras le tendía a Siobhan un vaso de...

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Siobhan mientras lo acercaba a su nariz sin demasiada confianza. Dio un respingo cuando el olor le quemó las fosas nasales. Su compañera de cuarto se acercó para darle un empujoncito, pero el estado en que se encontraba hizo que perdiera el equilibrio y estuviera a punto de caer de narices sobre la mesa.

—Es vodka hecho en casa. Jesse comenzó a experimentar hace meses. Las botellas de la última semana no están tan mal —dijo Lilah.

—No tengo idea de quién es Jesse —confesó Siobhan.

—¡Oye, Jesse! —chilló Lilah, alzando una mano sobre su cabeza— ¡Jesse!

Un instante después, un tipo rubio con una camiseta blanca y un chaleco gris asintió con la cabeza a la distancia y levantó su bebida a modo de saludo.

—Ése es Jesse —dijo Lilah.

—Sí, lo entendí —rio Siobhan.

—Pruébalo —insistió Lilah— está perfectamente esterilizado —y al decir esto asintió con énfasis, como si eso fortaleciera su argumento—. Confía en mí.

Siobhan entrecerró los ojos e inclinó la cabeza juguetonamente.

—No sé por qué, pero no te creo.

—A ver, Brooklyn —comenzó Lilah, rodeando a Siobhan con un torpe brazo—, nosotros te sacamos de las calles. Te vestimos, pusimos un techo sobre tu cabeza, te compartimos nuestro pan... lo mínimo que puedes hacer es probar el vodka casero de Jesse. Lo mí-ni-mo.

A Siobhan le causó gracia que Lilah la considerara como una cachorrita abandonada a la que hubieran recogido de un callejón.

—No me queda muy claro cómo esas dos cosas están relacionadas, pero al demonio. Estamos celebrando, ¿no? —y se llevó el vaso a los labios. Bebió largos tragos mientras contenía la respiración, lo cual no ayudó mucho a ocultar el sabor.

—¡Eso! —gritó Lilah— ¡Sabía que no me ibas a fallar!

Cuando ya no pudo más, Siobhan dejó el vaso en la mesa y se estremeció.

—Dios, esa cosa sabe a alcohol del 96, mezclado con cera para zapatos.

—¿Sabes qué te quitaría ese horrible sabor de la boca? —dijo Wendell, acercándole un dumpling a la cara.

—Aleja de mí esa cosa —rio Siobhan apartándole la mano.

—Como quieras. Más para mí —concluyó Wendell.

—Pues hay muchísima gente —comentó Siobhan, cambiando el tema—, no tenía ni idea de que tuvieran tantos seguidores.

—Sí, logramos recabar miles de firmas en nuestra petición online, pero no esperábamos esto —admitió él, aludiendo a la multitud de artistas conviviendo a lo largo y ancho del edificio.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿La ciudad decidió no demolerlo y ya? Intenté que Lilah me lo explicara, pero fue como preguntarle a un niño pequeño si quiere ir al zoológico, lo único que obtuve fueron oraciones a medias y gritos de emoción.

Wendell estiró uno de sus largos rizos y rio.

—Alguien *compró* el edificio. Gracias a Dios sigue habiendo gente que cree que el arte es una buena causa, si no aquí sólo quedarían escombros.

—Totalmente de acuerdo. No saben lo bien que se siente estar en un lugar que apoya lo que hacemos. La comunidad artística de aquí es increíble – comentó Siobhan, que no había hecho conciencia de lo importantes que eran los artistas para la vitalidad de una ciudad hasta que Kayla, una colega de Nueva York, le había hablado de Detroit. Ahora, finalmente había llegado a una ciudad en la que se sentía como en casa—. ¿Qué van a hacer con el edificio?

—Todavía no sabemos, pero quizás acordaron renovarlo para convertirlo en algo útil, si no la ciudad no habría accedido a venderlo –dijo Wendell, encogiéndose de hombros.

—Bueno, pues el comprador tendrá bastante trabajo –dijo Siobhan, recorriendo con la mirada las paredes despostilladas y el piso de concreto. Sin embargo, dadas sus condiciones, el lugar no se veía nada mal: sólo había que dejarlo en manos de un grupo de artistas y organizar una fiesta para que pareciera presentable. Entonces una pregunta que no estaba segura que debía plantear, le pasó por la mente—. ¿Cómo sabemos que el comprador no pintará encima del mural cuando empiecen las renovaciones?

—La ciudad emitió un comunicado diciendo que ésa era una condición para la venta. Es increíble cómo invirtieron la situación: estaban a dos segundos de demolerlo todo, y de pronto aparece una compradora y resulta que el mural es importantísimo y que si no promete conservarlo no se lo venden. ¡Política! Qué asco, ¿no? – explicó Wendell.

—¿Compradora? ¿Cómo sabes que lo adquirió una mujer? –preguntó Siobhan. Wendell le dirigió una amplia sonrisa.

—No lo sé, pero puedo soñar, ¿no? Sería cosa del destino. Yo y mi compradora misteriosa, hechos uno para el otro. Sería una buena novela, ¿no creen? “Hermosa millonaria aficionada al arte revitaliza la ciudad y se enamora de un apasionado y joven artista...”

—¿Joven? Ya tienes 33 –intervino Siobhan.

Wendell replicó con una mueca.

—Estás arruinando mi fantasía.

—Perdón –respondió ella entre risas, y agitó la mano cuando vio que su amiga Daphne acababa de entrar. El estilo de Daphne también era

expresionista y le había ayudado a Siobhan para conectarse con un par de galerías en el área. Incluso había vendido dos piezas—. Nos vemos en un rato, ¿de acuerdo? Daphne acaba de llegar y necesito hablar con ella de la exhibición de la semana entrante.

—Ya, ya. Tus prioridades están muy claras —dijo Wendell, fingiendo estar ofendido, y luego le sonrió.

Siobhan atravesó el salón, deteniéndose a saludar a algunas personas a las que no había visto en las últimas semanas. Estaba a punto de llegar hasta Daphne cuando sonó su teléfono. Era Marnel. No había hablado con ella desde que dejó Nueva York, aunque se habían mandado un montón de mensajes de texto y permanecían en contacto.

—¿Cómo estás, querida? —exclamó Marnel.

—¡Hola! ¡Qué bueno oír tu voz! Te extraño —replicó Siobhan, y se dirigió a la puerta para alejarse del edificio y no tener que gritar encima de la música.

—¡Nosotras también te extrañamos! —agregó Blaine—. Estamos todas aquí. Terminamos el trabajo por esta noche y estamos a punto de irnos. Saúl contrató a una tal Jill para reemplazarte. Es nefasta, se la pasa tirando cosas y confundiendo con las llamadas... —Blaine pausó un instante—. Espera, ¿estás segura de que estás en Detroit?

—Te odio.

Las chicas prorrumpieron en carcajadas.

—Bueno, ya, no hablemos de trabajo. ¿En qué andas? —quiso saber Marnel.

—Ahora mismo estoy afuera de un edificio abandonado. ¿Y ustedes? —preguntó Siobhan, y del otro lado de la línea se hizo el silencio. Después, Marnel volvió a hablar en tono preocupado.

—A ver, querida, ya sabemos que te la estás pasando mal, pero no puedes...

—¡Hay una fiesta *dentro* del edificio, idiota! —interrumpió Siobhan—. Estoy afuera para poder escucharte a ti y a tus idioteces.

—¿Una fiesta en un edificio abandonado? ¿Para qué atravesaste medio país si en Brooklyn podías tener lo mismo?

Aunque las chicas no podían verla, Siobhan no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Ay, cállate. La verdad es que está muy bien —y les contó acerca del mural y el edificio—. La persona que lo compró nos dejó hacer una fiesta

para celebrar. Mi amigo Wendell cree que es una mujer, su futura esposa.

—No sueñas tan mal como esperábamos. Pareciera que te gusta la ciudad —dijo Cory, incluso sonaba un poco decepcionada. Siobhan sonrió y se recargó en la pared.

—Sí, me gusta. Todo esto ha sido muy bueno para mí. Pude exponer en un par de lugares y hasta logré vender algunas piezas. La comunidad artística es muy abierta. ¡Deberían venir a visitar!

—Seguro. Y tú también tienes que volver en algún momento —dijo Marnel—, ¿para mi cumpleaños, tal vez?

—Sería divertido —afirmó Siobhan.

—¿Y extrañas la ciudad? —preguntó Cory. Siobhan lo pensó por unos instantes.

—Creo que extraño más *la idea* de Nueva York que a la ciudad misma. El sueño que tenía antes de mudarme ahí y la realidad no coincidieron mucho que digamos.

—¿Estás diciendo que la mayor ambición de tu vida no era llevarles menús a los ricos? —preguntó Cory.

—No exactamente.

La mención del Stone Room y la gente que lo frecuentaba le trajeron a la mente una serie de recuerdos que, de alguna manera, había logrado evitar durante el último mes.

—Bueno. Tengo que preguntar —dijo Marnel y, por el titubeo en su voz, Siobhan adivinó lo que vendría después—. ¿Has sabido algo de él?

Capítulo 3

Siobhan se colgó su bolsa en el hombro y esperó a que la luz se tornara verde para cruzar la concurrida intersección. Mientras balanceaba su peso primero en un pie y después en el otro, su impaciencia crecía. Necesitaba pintar.

La llamada de las chicas del Stone Room la noche anterior, le había provocado una tormenta emocional de proporciones épicas. Ahora, él estaba ahí presente, como un fantasma, detrás de cada pensamiento, detrás de cada movimiento.

Mientras iba de camino a su estudio, Siobhan maldijo a Marnel por centésima vez. Durante el último mes, había trabajado realmente duro para no pensar en Derick y había funcionado. Quizá no estuviera totalmente feliz todavía, pero se acercaba. Hacer nuevos amigos, encontrar un trabajo que pagaba bien y ver que su arte tenía buena recepción en el área, habían contribuido a mejorar su ánimo de manera notable. Pero ahora se encontraba gruñona, tensa y... triste. Maldita seas, Marnel.

Siobhan giró la cabeza para asomarse a su cafetería favorita. Casi no había dormido la noche anterior, así que una dosis de cafeína le vendría bien. Pero al echar un vistazo por la ventana, el corazón casi se le sale del pecho. Se detuvo en seco, pero no por lo que había visto a través del cristal, sino reflejado en él.

Lo repentino de su pausa causó que un hombre chocara contra ella, distrayéndola.

—Lo siento —murmuraron ambos. Él continuó por la banqueta y ella, inmóvil, volvió a clavar la mirada en la ventana. Se había desvanecido. No podía ser, estaba segura de que había visto a... No, imposible. No había sabido nada de él desde su mudanza a Detroit. Sacudió la cabeza. ¡Qué patético! Ahora, además de pensar en él, estaba teniendo visiones.

Apretó la bolsa contra su cuerpo y apresuró el paso. Necesitaba llegar a su estudio, perderse en su arte y olvidarlo.

Como si fuera posible olvidar a Derick Miller.

Capítulo 4

Siobhan suspiró ruidosamente al escuchar que tocaban la puerta. Lilah le había escrito unos minutos atrás para saber si estaba en casa, pues había olvidado sus llaves. Otra vez.

—Nunca había conocido a alguien tan olvidadizo... —decía, mientras abría la puerta, pero la oración se apagó en su garganta. Luchó por encontrar palabras y la única que se hizo presente salió en forma de susurro—: Derick.

—Hola —dijo él y le dirigió una tímida sonrisa. Ella se aferró al marco de la puerta para no perder el equilibrio.

—¿Qué haces aquí?

Derick metió las manos a los bolsillos y miró al suelo antes de alzar la cabeza. Sus ojos castaños despertaron en Siobhan el recuerdo de una calidez conocida que se apresuró a rechazar.

—Quería verte.

—Bueno, pues ya me viste. Espero que el viaje haya valido la pena.

—Sí que lo valió —replicó él, sin dudar.

Ella luchaba por mantenerse distante, fría; pero resultaba un tanto complicado cuando el hombre que amaba se presentaba a su puerta luciendo como el conjunto de todas las fantasías que había tenido en su vida. Con esos pantalones grises hechos a la medida y su camisa blanca con el cuello abierto acentuando cada músculo de su cuerpo. *¿Por qué, Dios mío?*

Siobhan ignoró el aleteo que había provocado en su pecho y la manera en que sus entrañas se habían encogido. ¿Cómo se atrevía su cuerpo a traicionarla en un momento así? Respiró hondo, preparándose para hablar con voz firme.

—Mira, Derick, estoy un poco ocupada. Aprecio que hayas venido de tan lejos a verme. Ni siquiera te voy a preguntar cómo demonios sabes dónde

vivo, porque estoy segura de que no quiero saber la respuesta. Pero no tengo nada más que decirte, así que...

Iba a cerrar la puerta, dejando su frase a medias porque no tenía idea de cómo terminarla de cualquier modo. Ya le había dicho adiós y no era una experiencia que quisiera repetir. Pero antes de que la puerta se cerrara por completo, el brazo de Derick la detuvo.

—Tal vez tú no tengas nada que decirme, pero yo tengo mucho que decirte *a ti*. Te fuiste de Nueva York después de tu gran discurso y no me dejaste explicarte nada. Necesito esa oportunidad, Siobhan. Ya sea para arreglar las cosas o para al menos tener un cierre. Lo necesito, por favor.

Siobhan respiró profundamente. Él tenía razón y ella lo sabía. Volvió a su departamento después de la pelea, empacó sus cosas, avisó en sus múltiples trabajos y abandonó Nueva York en cuestión de días. Su transición a la nueva ciudad había sido fluida y sin complicaciones, a pesar de la profunda herida que se negaba a reconocer y que había lanzado al fondo de un pozo, creyendo que desaparecería si ella lograba comenzar de nuevo.

Pero hablar de Derick, pensar en él y verlo, estaba causando un terremoto. Todo ese dolor amenazaba con emerger a la superficie y ella sabía que si no lidiaba con el asunto ahora, su nuevo comienzo se desmoronaría.

—Hay una cafetería a una cuadra de aquí. Podemos platicar ahí.

Los hombros de Derick se relajaron, mostrando su alivio. Retrocedió para permitirle salir y señaló hacia el pasillo con el brazo.

—Después de ti.

Capítulo 5

Siobhan se deslizó en el asiento frente a Derick sosteniendo su vaso de té. Echó un vistazo a la ventana, entrecerrando los ojos ante el sol de media tarde.

—¿Qué es lo que querías decirme?

Derick se aclaró la garganta, haciendo un esfuerzo sobrehumano por recordar lo que había querido decirle desde aquel día en su departamento. Lo había practicado un millón de veces durante el vuelo hacia Detroit, aunque lo último que quería era que sonara demasiado ensayado. Quizás era bueno que, en ese momento, no pudiera pensar en nada más que en los ojos azules de Siobhan y en cómo brillaban a la luz del sol. De alguna manera parecían más claros que nunca.

—Creía en ti, Siobhan —comenzó—, sigo creyendo en ti. Pero en algún momento tú dejaste de creer en ti misma, y yo no quería que perdieras la esperanza. Por eso compré tus pinturas. Lo que quería era darte un poco más de tiempo para que no dejaras de perseguir tu sueño —sus palabras salieron mucho más rápido de lo que hubiera querido, y tampoco eran las que había preparado.

Siobhan bajó la mirada.

—Lo arruinaste —dijo en voz baja.

—¿Qué arruiné?

—Mi sueño —respondió Siobhan suavemente, y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. La emoción que sentí al vender mi primer cuadro... Nunca podré recuperarla. Lo sé porque cuando vendí mi primera pieza aquí, no sentí nada.

—Nunca quise que eso pasara —musitó Derick, lleno de tristeza—. Estabas sufriendo y creí que yo podía arreglarlo. Así que lo hice, o lo intenté, más

bien.

Siobhan recargó la espalda y se acomodó el cabello detrás de la oreja. Luego se cruzó de brazos.

—¿Quieres saber qué fue lo que deseé ese día?

—¿Qué día? —preguntó él suavemente.

—Cuando fuimos al Empire State. Deseé poder convertir mi pasión en una carrera —dijo Siobhan, mientras la mirada de Derick se desvió a la ventana antes de atreverse a verla de nuevo. Parecía tan dolida como la última vez que la había visto, semanas atrás—. Al final, mi deseo se hizo realidad. Lástima que me costó mucho más que un centavo.

Derick dejó escapar un prolongado suspiro.

—Lo siento mucho, muchísimo. Necesito que lo sepas —dijo, y los ojos de Siobhan lo miraron con extrañeza.

—¿Y para eso atravesaste el país? ¿Para decirme que lo sientes?

—No —respondió él, sereno pero con firmeza—. Una vez te dije que si volvías a irte, yo no iría detrás de ti. Pues resulta que no es verdad. Nunca será verdad, Siobhan. No mientras te ame como te amo.

Ella inhaló con el corazón tembloroso, pero no dijo nada.

—No existe la relación perfecta —continuó Derick—, eso es así. Ni la nuestra ni la de nadie —y las comisuras de sus labios se curvaron en una ligera sonrisa—. Pero somos increíbles juntos, creo que tú también lo sabes —dijo, dándole unos segundos para digerir sus palabras—. Así que dame otra oportunidad. Por favor, *danos* otra oportunidad.

—Ay, Derick, yo... —Siobhan carraspeó. Él tomó su mano y le dio un suave apretón. Ella no lo rechazó. Eso ya era algo.

—No me respondas ahora. No lo merezco. Sólo... piensa en lo que te dije —suplicó, y le tendió una tarjeta—. Voy a quedarme aquí hasta el martes. Prométeme que vas a pensarlo.

Ella miró la tarjeta, la guardó en su bolsa y dirigió sus ojos azules hacia los castaños que la miraban esperanzados desde el otro lado de la mesa.

—Está bien —respondió en voz baja—, lo voy a pensar.

Capítulo 6

Pintar era lo único de lo que Siobhan estaba segura mientras, sentada en su pequeño estudio, permitía que sus emociones se derramaran sobre el lienzo. No había que ser Freud para descifrar que los morados y azules oscuros que había elegido, se relacionaban directamente con el ánimo en que se encontraba.

Los imponentes edificios del fondo podían pertenecer a cualquier ciudad, no tenían ninguna característica que los diferenciara. Ni siquiera ella sabía si estaba pintando Detroit o Nueva York. Tal vez ninguna de las dos. Tal vez ambas. Se dio cuenta de que no conocía ni una ni la otra ciudad lo suficientemente bien como para representar sus paisajes urbanos con precisión.

Ése, justamente, era el meollo del asunto. ¿Cómo descubrir a dónde pertenecía si no se permitía apegarse a ningún lugar? Siempre había sabido lo que quería, pero no tenía la menor idea de dónde lo encontraría. Era una especie de experimento científico en el que la única constante era el arte. Había imaginado que su carrera florecería en Nueva York, pero la hipótesis había resultado falsa. Así que había tenido que cambiar las condiciones y el ambiente a un lugar que favoreciera el crecimiento de su talento. Lo que no había previsto (lo que nadie solía prever, claro) eran las variables, y la suya era Derick.

Se quedó de pie mirando por la ventana de su estudio. Le gustaba lo que veía: la ciudad le gustaba mucho más que la que había dejado. El ajetreo allá abajo no cesaba, pero era mucho menos frenético que lo que había experimentado en Nueva York durante cinco meses. O quizá la que había cambiado era ella. Quizá la nueva Siobhan era menos frenética. Desde su ventana, frente a ella, podía vislumbrar el futuro. Y en ese futuro, en Detroit,

no cabían el dolor y los conflictos de su pasado.

Enjuagó sus pinceles y guardó sus materiales, sintiéndose decidida. Tomó su bolsa y corrió escaleras abajo para llamar un taxi. No necesitaba revisar la tarjeta que Derick le había dado para indicarle al conductor a dónde debía dirigirse: la había contemplado lo suficiente las últimas treinta horas.

—Al hotel MGM Grand, por favor.

El vehículo se incorporó al tráfico y Siobhan practicó mentalmente su discurso durante el trayecto. Tenía que mostrarse tranquila pero firme: Derick tenía que comprender que hablaba en serio y para eso tenía que aparentar confianza y no alterarse. Así que, mientras el ascensor subía, se dijo que entraría a la habitación de él, le pediría que se sentara y le explicaría clara y racionalmente lo que sentía.

Enderezó la columna, echó los hombros hacia atrás para darse ánimo, y tocó la puerta. Derick abrió casi inmediatamente. Estaba vestido con unos pantalones de mezclilla oscuros y una entallada camiseta blanca y la visión la hizo enfurecer. ¿Cómo se atrevía a verse siempre tan malditamente perfecto cuando ella era un desastre absoluto? Y encima de todo tenía el descaro de ostentar esa Radiante sonrisa que siempre la dejaba sin aliento. O al menos solía hacerlo, antes de que ella se decidiera a odiarlo, cosa que acababa de hacer en ese justo instante.

—Necesito que te vayas y no regreses nunca —enunció. No se parecía en nada a lo que había estado practicando, pero podría decirse que capturaba la esencia del mensaje. Y le había borrado la maldita sonrisa de la cara, lo cual era una ganancia adicional. Sin embargo, resultó que ella prefería la indignante sonrisa que el abatimiento en que se hundió el hombre frente a ella. Siobhan nunca había sido cruel, al menos no a propósito, y lastimar a Derick hizo que, dentro de sus costillas, un dolor desconocido la acometiera. Suspiró y su rígida postura se relajó un poco—. ¿Puedo pasar?

Derick asintió y se apartó de la puerta. Siobhan entró a la sala y se volvió a mirarlo.

—Quisiera haber dicho eso de otra manera, pero en resumen, es la verdad —dijo y decidió no hacer ninguna pausa para que él no la interrumpiera—. Éste es un nuevo comienzo; no puedo arrastrar el drama del pasado a esta nueva oportunidad. No sería justo para mí y, la verdad, tampoco lo sería para ti, porque si las cosas no me salen bien aquí, te culparía, aunque tratara de esconderlo.

Derick frunció el ceño.

—No entiendo. ¿Cómo es que tu fracaso sería mi culpa? Lo único que he querido siempre, es que te vaya bien.

—No dije que *sería* tu culpa —explicó ella—, dije que *yo te culparía*.

—Eso no tiene ningún sentido —argumentó él.

—Eso no importa. Sólo sé que sería así. Porque ya te culpo por haber fracasado en Nueva York, aunque racionalmente sepa que no le dediqué a mi arte todo el tiempo y la energía que necesitaba para tener éxito. Lo sé... lógicamente. Pero mi lado emocional te culpa a ti, porque tú eres la razón por la que no tenía más tiempo ni energía. Y porque tú eres la razón por la que tuve que irme de ahí —dijo. Suspiró pesadamente, sintiéndose agotada—. Pero la verdad es que incluso antes de conocerte, no me alcanzaba el tiempo para mi arte. La prioridad era pagar las cuentas.

Derick se dejó caer en el sofá y comenzó a tallarse el rostro con las manos. Alzó la mirada hacia Siobhan, claramente frustrado.

—Pero ¡eso es justamente lo que estaba tratando de darte! ¡Tiempo! Creí que si vendías tus pinturas, podrías dedicarle más tiempo a tu pasión, pues ya no tendrías que trabajar tan duro.

Siobhan tomó asiento en una silla frente a él.

—Cuando tu aplicación despegó, ¿no tuviste que trabajar duro para que siguiera funcionando bien?

—Claro.

Siobhan abrió mucho los ojos, esperando que él comprendiera su argumento. Él negó con una mano y su cabeza imitó el movimiento.

—No es lo mismo. Yo trabajé duro para mi negocio. Tú estabas trabajando duro en cuatro negocios y ninguno de ellos era tu pasión verdadera.

—¡Pero era trabajo, de todas formas! —replicó ella, casi con un grito—. En diez años habría podido mirar atrás y pensar que hice todo lo posible para triunfar. Yo sola. Me habría sentido orgullosa del recorrido, aunque no acabara donde yo esperaba. Eso era lo que quería. Y entonces llegaste tú y me pavimentaste el camino con oro, a pesar de que yo nunca te lo pedí.

—¿Así que estás enojada conmigo porque te quité la oportunidad de ser una artista bohemia muerta de hambre? Perdóname por arruinar tu reputación gremial, Siobhan —gruñó él.

—Dios, eres un pesado —dijo ella, negando con la cabeza.

Entonces Derick se puso de pie y llegó hasta ella en un par de brucas

zancadas.

—Y un masoquista, claramente, porque a pesar de que me rechazas constantemente, soy incapaz de dejarte ir. ¿Quieres saber por qué?

—No realmente —murmuró ella, aunque definitivamente quería saberlo. Él ignoró el comentario y continuó con su discurso:

—Porque aunque tengo todo lo que cualquier hombre pueda querer, no estoy satisfecho. No estoy feliz y nunca lo estaré, porque lo único que no tengo eres tú —dijo apasionadamente, y se tomó unos segundos para respirar y mirarla a los ojos—. Eres lo único que siempre voy a desear, Siobhan.

Sus palabras la golpearon justo en el pecho, pero el orgullo no le permitía mostrarlo.

—Nunca te pedí que me desearas —dijo ella, titubeante.

—¡No me digas! Nunca me has pedido nada. *Nada*. Y Dios te libre de aceptar cualquier tipo de ayuda de quien sea, aunque la necesites desesperadamente.

Siobhan se levantó de su silla y lo confrontó, sus rostros enrojecidos de rabia estaban a sólo centímetros de distancia.

—Lo único que necesito de ti es que te vayas —le dijo, furiosa.

Derick inclinó la cabeza para que sus pupilas pudieran clavarse directamente en las de ella. Parecía a punto de explotar.

—¿Y lo que *yo* necesito qué? —preguntó con voz ronca.

Las palabras le cayeron a Siobhan como un balde de agua fría y retrocedió, tambaleante. Le tomó unos segundos procesar lo que había escuchado para comprender lo cierto que era. Las acciones de Derick habían estado mal dirigidas, pero ella había estado pensando en sí misma y en su bienestar todo el tiempo. ¿Qué había hecho por él? No mucho. Ahora lo veía claro, pero su terquedad no le permitía decirle lo que él tan desesperadamente necesitaba escuchar.

—¿Qué quieres que te diga, eh? ¿Que te mereces algo mejor? —exclamó y, al escucharse, sintió un agudo dolor en el pecho, pues aunque su tono había sido sarcástico, había algo de verdad en su pregunta.

La expresión de Derick cambió de súbito: la furia lo abandonó cuando comprendió que Siobhan, en efecto creía que él merecía algo mejor. Se acercó hasta ella y le tomó la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Diablos, Siobhan, ¿es que todavía no entiendes? No existe *nadie* mejor que tú.

Y antes de que ella pudiera responder, la besó.

Capítulo 7

Siobhan no cedería, de ninguna manera. Pero él era tan cálido y su beso tan intoxicante... y su aroma resultaba tan conocido, que no lograba alejarse, aunque su cerebro no dejara de gritarle que se detuviera.

—Siobhan... —susurró él en su oído mientras mordisqueaba su lóbulo—, sabes que lo quieres.

—No tienes la menor idea de lo que yo quiero —atajó ella.

Cómo respuesta, él la levantó y la empujó contra la pared más cercana, donde continuó besándola sin tregua.

—Creo que sé *exactamente* lo que quieres —musitó, con su aliento hirviente contra el terso cuello de Siobhan. Ella no pudo evitar el gemido que escapó de sus labios ni la manera en que sus piernas se enredaron alrededor de la cintura de él, ansiosas cual serpientes.

—¿Ves? —dijo él, y ella pudo sentir su sonrisa en la piel de su cuello.

—¡Dios mío! Miles de hombres guapos en Nueva York y yo tuve que enamorarme del más molesto —exclamó y, de súbito esas palabras, que no había planeado, hicieron que Derick se quedara paralizado—. ¿Por qué te detienes? —le reclamó—. Ahí está, no sabes lo que quiero.

Comenzó a empujarlo con las manos, pero él la mantuvo inmóvil contra la pared con sus caderas y luego atrapó sus muñecas y le sostuvo los brazos por encima de la cabeza.

—Deja de alejarme, maldita sea, y di eso otra vez —exigió él. Siobhan lo miró, sus pupilas llenas de fingida soberbia.

—No sabes lo que quiero.

Derick le apretó más las muñecas sin causarle daño, pero dejándole claro que hablaba en serio.

—No, eso no. Ésta es tu oportunidad de darme lo que necesito, Siobhan,

por favor. Dámelo, por favor –suplicó.

Lo que más quería Siobhan era seguir peleando con él. Quería dejarlo ahí, abandonar la habitación del hotel y no volver a pensar en Derick Miller nunca más. Pero eso no pasaría. Nunca. Porque al contemplar el castaño de sus ojos, supo que pensaría en él todos los días, como lo había hecho desde que se separaron, aunque no se atreviera a admitirlo.

Derick Miller no sólo había estropeado su arte, también su felicidad, pues ahora dependía completa y absolutamente de su presencia para alcanzarla. Había sido estúpida al creer lo contrario. Intentó liberar sus brazos, esperando que él los soltara, y así fue. Posó las palmas de sus manos sobre las mejillas de él y lo miró a los ojos profundamente.

—Te amo, Derick. Y a pesar de que eres... terriblemente exasperante, lo más probable es que te amaré siempre.

Derick le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia él.

—Yo también te amo. Y no pienso dejar de hacerlo.

Siobhan puso los ojos en blanco, con una sonrisa.

—Ya lo sé.

—Muy bien, pues ahora que ya todo quedó claro... —dijo él, apresurándose a buscar sus labios. Necesitaba devorarla, hacerla suya, con la boca, con los dedos y con todo lo demás. Sus manos se deslizaron hasta su trasero y la atrajeron con fuerza para obligarla a sentir su erección. Ella gimió al sentirlo.

—Demasiada ropa –carraspeó y la dejó en el suelo el tiempo suficiente para que se arrancaran las prendas el uno al otro. Después volvió a cargarla y la embistió contra la pared.

Pasando sus dedos por el grueso cabello de Derick, Siobhan jaloneó algunos mechones mientras él le mordía el cuello. Éste no iba a ser un dulce encuentro reconciliatorio, no: sería una reconquista salvaje.

Siobhan le arañó la espalda con su otra mano, mientras las caderas de él mantenían su columna pegada a la pared con cada empujón. Al día siguiente los dos portarían las marcas que el otro le había dejado. Ella se apoyó en los musculosos hombros para subir ligeramente y poder deslizarse sobre el rígido miembro. Derick contuvo el aliento mientras ella, centímetro a centímetro, se acomodaba encima de él.

La piel de ambos estaba perlada en sudor, el ritmo de sus respiraciones estaba en sincronía antes de que Derick doblara las rodillas, tomara impulso y

se clavara en ella por completo, para después retirarse y repetir el movimiento una y otra vez. Los pechos de ella se balanceaban con el movimiento, y el roce de sus pezones contra el áspero vello de los pectorales estimulaba terminaciones nerviosas cuya existencia Siobhan había ignorado hasta entonces.

El cuarto se llenó de quejidos y jadeos, mientras Derick la embestía furiosamente, acercándola al éxtasis. Ella no duraría mucho más. Lo había extrañado demasiado.

—Ah, Derick... no puedo... vas a hacer que acabe —jadeó.

—Ven. Mójame todo —susurró él con los labios pegados a su oreja. Era la frase más ardiente que le había dicho hasta el momento, y provocó que su orgasmo la acometiera de súbito.

El placer parecía venir de todas partes: de su cuello, mientras Derick succionaba su piel, de la fricción de sus pezones contra el pecho de él, de su sexo pulsando con cada golpe de esas caderas. Su cuerpo entero se tensó para después derrumbarse de satisfacción. Besó todo lo que estaba a su alcance mientras él continuaba arremetiéndola.

—Si... se siente tan bien... que estés dentro de mí. Derick, quiero que estés siempre dentro de mí...

Él continuó moviéndose unos instantes más hasta que su ritmo se volvió errático y tras una última y poderosa embestida, se vació dentro de ella. Tras unos segundos de tensión, se balanceó suavemente contra el tibio cuerpo de Siobhan, disfrutando de las últimas oleadas de placer hasta que su respiración se normalizó y finalmente se separaron lo suficiente para permitir que el aire circulara entre sus acalorados cuerpos.

Se besaron perezosamente por unos minutos y terminaron sentados en el suelo. Él desvió el rostro para poder verla a los ojos.

—¿Esto significa que me perdonas? —quiso saber.

Siobhan sonrió.

—No sé... quizá necesite un poco más de persuasión —dijo, y atrajo esos labios que tanto había extrañado hacia los suyos.

Capítulo 8

Derick rodeó el cuerpo dormido de Siobhan con un brazo, deleitándose al sentir el suave movimiento de su pecho al respirar. Dios, cómo la había extrañado. Abrió los ojos y sonrió cuando sus pupilas se enfocaron en ella, en su rostro relajado y satisfecho. Por primera vez en semanas, él se sentía igual.

Sus ojos se desviaron más abajo, apreciando la tersa piel de sus pechos. Subió un poco la mano y pasó el pulgar por las pequeñas marcas rojas que le había hecho la noche anterior. Una parte de él esperaba no despertarla, pero otra parte, grande y rígida, se presionaba contra el suave muslo de ella y tenía otros planes.

—Te amo —musitó en su oído. Después lamió su cuello y bajó hasta sus pechos, dejando besos en el camino. Desde el momento en que la vio en el Stone Room supo que nunca sería suficiente. Siobhan era la que había tropezado, pero Derick había caído a sus pies.

Eventualmente, ella comenzó a moverse, aunque él sospechaba que había estado despierta desde hacía un rato.

—Yo también te amo —ronroneó Siobhan. Derick buscó su rostro y encontró que ella todavía tenía los ojos cerrados y que sonreía.

—Dímelo otra vez —le pidió. Había exigido lo mismo la noche anterior, pero no podía evitarlo: no se cansaría jamás de escucharla decirlo. Esta vez Siobhan abrió los ojos y alzó el brazo para enredar los dedos en su cabello mientras él se acomodaba justo encima de ella.

—Te amo, Derick. Lo decía muy en serio ayer.

—Ya lo sé. Pero me gusta cómo suena —confesó él.

Siobhan sonrió y se acercó a darle un beso inocente en los labios.

—¿Ah, sí? ¿Con que te gusta, eh?

Derick asintió y se inclinó para besuquear justo detrás de su oreja.

—Sí. ¿Y sabes qué otra cosa me gusta escuchar?

—¿Qué? —preguntó ella, estremeciéndose con cada caricia de su lengua.

—Los ruidos que haces cuando tienes orgasmos debajo de mí —dijo él con voz áspera—, encima de mí o frente a mí. No soy exigente.

Siobhan soltó una risita, él no sabía si por lo que le había dicho o por lo que estaba haciendo en su cuello.

—Uf, cómo te extrañé.

Siobhan entrelazó los dedos detrás de la nuca de él y buscó sus ojos.

—¿Derick?

—¿Sí?

—Deja de hablar y hazme el amor.

Al ver el efecto que tenía en ella, Derick sonrió considerablemente. Después, se inclinó hasta que su boca contactó con los rosados labios de ella y la besó como si quisiera devorarla. Su hambrienta lengua se movió contra la de Siobhan, y cada tanto atrapaba el delicado labio inferior entre sus dientes. Ella gimió suavemente debajo de él, pero el volumen y la intensidad de sus sonidos comenzó a aumentar mientras los besos de Derick aterrizaban en su mandíbula y bajo su clavícula.

Él estaba especialmente excitado y cada roce contra el cuerpo de ella lo hacía gemir. Luego se deslizó hacia abajo, prestándole especial atención a los pezones erectos, y a la tersa y pálida piel de los pechos. Pensó en cómo sería derramarse en ellos, estar de rodillas sobre Siobhan con su miembro tieso en la mano, tocándose hasta el clímax mientras ella lo miraba.

Al fin llegó hasta su estómago y bajó en línea recta con la lengua. Siobhan se arqueó debajo de él.

—Por favor, Derick, no te detengas —musitó.

Él le acarició un muslo con los dedos y alzó la mirada. Las mejillas de ella estaban ardientes de deseo.

—No estaba en mis planes detenerme.

Siobhan no dijo nada más, y empujó la cabeza de Derick hasta que sus labios se encontraron con la humedad entre sus piernas. Incluso había extrañado su sabor, lo resbaladizo y dulce que se sentía en su boca. Era tan fácil perderse en su cuerpo...

Ella se estremecía con cada movimiento de su lengua, hasta que le rogó que la penetrara. En vez de eso, Derick deslizó lentamente dos dedos en su interior mientras con su pulgar masajeaba su sexo. “Dios”, pensó, “está tibia

y empapada y lista”. Le besó la parte interior del muslo y bajó por su rodilla, escuchando sus gemidos y su respiración entrecortada mientras la acercaba, sin prisa y sin tregua, al clímax que sabía inminente.

—Déjate ir —le pidió, al ver que no aguantaría mucho más.

Siobhan siguió frotándose contra su mano por un par de minutos, hasta que su cuerpo se tensó alrededor de los dedos de él y se arqueó con violencia al tiempo que estrujaba la almohada que estaba detrás de su cabeza.

—Dios mío, Derick —jadeó, y sus movimientos se volvieron más lentos. Cuando dejó de estremecerse, Derick retiró sus dedos y probó el sabor que ella había dejado en ellos. Siobhan tenía los ojos cerrados y parecía completamente satisfecha.

—¿Eso estuvo bien? —preguntó Derick. Ella asintió, su rostro estaba desbordado de gozo—. Qué bueno, porque estás a punto de sentirlo otra vez.

Siobhan abrió los ojos de inmediato: su mirada era fuego puro. Se lamio los labios antes de que sus dientes se instalaran en el labio inferior y lo mordieran. Dios, qué sexy era. Abrió la boca para permitir que la lengua de Derick entrara, y lo atrapó entre sus muslos para que sintiera lo húmeda que estaba al sentir su erección. Él no duraría mucho si ella continuaba con ese movimiento, pero quería volver a llevarla al límite antes de hundirse en su interior.

El cuarto se llenó de jadeos y gemidos de placer, y Siobhan soltó algunas frases inconexas mientras sus cuerpos hacían fricción. Unos momentos después, se incorporó para apoderarse del miembro de él, que estaba irreversiblemente cerca.

—Necesito esto —anunció ella, y eso fue todo. En un instante, Derick había llegado tan profundo, que no había distancia entre ellos. Y ninguno de los dos quería que eso cambiara.

Entraron en sincronía de inmediato, aumentando la velocidad de sus movimientos de forma gradual. La noche anterior había sido frenética, llena de emociones al rojo vivo. Esta ocasión asemejaba una armoniosa danza, la unión de dos cuerpos que se movían como uno solo.

Derick la penetraba con celeridad mientras ella, debajo, gemía, sintiendo cómo los dedos de él se aferraban a su cráneo y los latidos de ambos retumbaban a un mismo ritmo. Derick no podría retrasarlo por mucho más tiempo, y esperaba que ella se sintiera igual.

—Dios, preciosa... no puedo...

—Ya casi, Derick —dijo ella en una exhalación.

Los movimientos de él se tornaron más agresivos a medida que se retiraba casi por completo para, inmediatamente, hundirse en ella hasta que su pelvis llegaba al punto que haría a Siobhan desmoronarse. Y se desmoronó. Su espalda se arqueó mientras su vientre se tensaba, apretando su miembro con fuerza. Mientras Siobhan estaba a instantes de terminar, Derick también estaba a punto, y estalló con el orgasmo que había estado aplazando desde que despertó junto a ella.

Cuando volvieron a la Tierra, Siobhan pasó una mano por los cabellos de él y bajó por su sien para trazar el contorno de su barba.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó suavemente.

Capítulo 9

A Derick le pareció que aquella era una conversación que había que tener con el estómago lleno, así que ordenó el desayuno. Siobhan untó un poco de mantequilla en su pan tostado y lo miró.

—Entonces, ¿qué has pensado? —le preguntó.

—Que te ves súper sexy con mi camiseta puesta.

Aunque era cierto, no respondía a la pregunta real de Siobhan, quien arrancó un trozo de corteza de su pan y se lo lanzó a Derick desde el otro extremo de la mesa.

—Deja de postergarlo. Es algo que tenemos que discutir.

Él sabía que ella tenía razón, pero también sabía que la conversación no sería tan fácil ni tan divertida como las últimas doce horas.

—Quiero que regreses a Nueva York —declaró, mientras los ojos de ella se abrieron como los de una muñeca de porcelana.

—Acabo de mudarme aquí y me está yendo bien. No estás hablando en serio —dijo.

—Sí, estoy hablando en serio —replicó él. Siobhan dejó el pan en la mesa y se recargó en su silla.

—Tienes que ser más razonable.

—A mí me parece razonable. Si tu carrera artística ya despegó en Detroit, no veo por qué ese éxito no habría de continuar en Nueva York. Es la ciudad en la que siempre soñaste vivir de todas formas, ¿no?

—Pues sí, pero no puedes esperar que tome mis cosas y me vaya ahora mismo.

—Nunca dije que tuviera que ser ahora mismo. Por supuesto que quisiera tenerte conmigo lo antes posible, pero sé que es injusto —y le dio un sorbo a su café—. Además, sé que jamás aceptarías.

Siobhan pareció relajarse un poco al escucharlo, pero su inseguridad no se desvaneció por completo.

—Estoy más que dispuesto a volar de un lado al otro durante los siguientes meses. Así, tu arte tendría más tiempo para afianzarse y tú y yo podríamos... volver a conocernos.

—¿Por qué creo que “conocernos” en el fondo significa tener mucho sexo? Derick le lanzó una mirada sugestiva y sonrió.

—Porque eres una muchachita muy sucia.

Siobhan le dio una patada juguetona bajo la mesa.

—Pero estoy hablando en serio —retomó él—. Creo que necesitas ver hacia dónde va nuestra relación antes de comprometerte a algo tan grande como mudarte de nuevo a Nueva York. Así que veamos cómo se dan las cosas. Si lo nuestro funciona, me gustaría que consideraras volver —dijo, tendiéndole una mano—, ¿qué dices?

Siobhan lo miró con un ligero brillo en las pupilas. Estrechó su mano, sellando el trato y dijo:

—Digo que más le vale portarse bien, Señor Miller.

Capítulo 10

Después de cambiar el estatus de su relación a “Juntos de nuevo” y de que Derick decidiera extender su visita por una semana, él y Siobhan no salieron de la cama por dos días. Pero ella ya sabía que la química entre ambos era buena. Si iban a intentarlo de nuevo, tenían que conocerse en otros ámbitos y hacer una que otra actividad en la que la ropa fuera obligatoria.

Caminó hasta la cama y le dio una palmada a Derick en el desnudo trasero.

—Arriba –le dijo. Él no movió un solo músculo—. Dios, ¿cómo es que construiste un negocio de millones de dólares si no hay manera de que te levantes de la cama? –preguntó juguetonamente, y se inclinó para darle otra palmada— ¡A levantarse, Roderick!

En un veloz movimiento, él se dio vuelta y le detuvo la mano antes de que hiciera contacto con su piel, lo que causó que Siobhan perdiera el equilibrio y cayera a su lado en la cama.

—No me llames así –pidió Derick seriamente. Ella lo miró con curiosidad.

—Es tu nombre, ¿no?

—No es el que me gusta usar.

—¿Por qué? –preguntó Siobhan, y él se frotó la cara con las manos antes de responder.

—Porque era el segundo nombre de mi padre –suspiró—. Cuando nos abandonó, no quise que nada de mí estuviera asociado a él, incluyendo mi nombre. Así que le pedí a mi mamá y a mi hermano que empezaran a llamarme Derick.

—Lo siento. No sabía.

—Está bien –le aseguró él, poniendo una mano sobre la suya—, no importa.

—A mí sí me importa –arguyó ella—, debí dejar que me lo explicaras hace

mucho. Es tu nombre, es la persona que eres.

—Ya no soy esa persona —dijo él, y la rodeó con sus brazos—. Lo único que importa es que ahora estamos juntos. Dejemos el pasado atrás.

—Está bien —accedió ella en voz baja.

—Ahora —dijo él, su rostro iluminándose con una sonrisa traviesa—, menos plástica y más nudismo.

Llevó una mano a la orilla de la camiseta de ella con la aparente intención de quitársela, pero se detuvo y comenzó a hacerle cosquillas. Ella se soltó a reír, intentando huir de él.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó.

—Dime que me amas —condicionó él, sonriendo contra su nuca.

—No.

Volvió a hundir los dedos en sus costillas, provocando que a Siobhan se le escapara una risotada nada femenina mientras jadeaba, intentando respirar entre carcajada y carcajada. La puso de espaldas para llevar a cabo su ataque de cosquillas con ambas manos.

—Dilo y ya. Sabes que te mueres de ganas.

Ella se sacudió como una yegua furiosa, intentando zafarse del cuerpo musculoso de Derick que estaba sobre sus caderas.

—Te recomiendo que duermas con un ojo abierto hoy, Miller —le advirtió.

Él le inmovilizó las manos contra la cama y se inclinó hasta que sus narices se rozaron.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —preguntó con una sonrisa petulante que a Siobhan le habría molestado si él no fuera tan malditamente adorable.

—Porque mi venganza llegará al caer la noche —amenazó Siobhan en tono macabro.

Derick inclinó la cabeza a un lado y miró hacia arriba, considerando sus palabras. Luego se volvió hacia ella y le dedicó un guiño.

—No estoy tan preocupado —y continuó sus cosquillas hasta que ella gritó:

—¡Está bien, está bien! ¡Lo diré!

En cuanto la liberó, ella lo miró entrecerrando los ojos. Consideró seguir haciéndose la difícil, pero al ver cómo él sonreía y cómo sus ojos resplandecían de expectación, se dio cuenta de que quería decírselo. Así que le puso las manos sobre las mejillas, lo atrajo hacia ella y lo besó.

—Te amo.

Él se apartó para mirarla unos instantes. Luego se inclinó y tronó un fugaz

beso sobre sus labios.

—¿Ves? No fue tan difícil —y saltó de la cama. Ella lo vio tomar unos bóxers y dirigirse al baño.

—Igual voy a matarte —murmuró Siobhan, amenazante.

—Lo tomaré en cuenta —respondió él, la ligereza en su voz daba a entender que, claramente, no estaba preocupado. Entró al baño pero se asomó antes de cerrar la puerta.

—¿Siobhan?

Ella dejó caer la cabeza a la derecha para poder verlo.

—Yo también te amo —dijo Derick antes de cerrar la puerta y darse un baño.

Siobhan se levantó, alisó su ropa y se arregló el cabello frente al espejo mientras esperaba. Cuando al fin estuvo listo, Derick pidió un auto. En el ascensor le preguntó a Siobhan a dónde irían.

—Al parque de Belle Isle —le informó ella.

—¿Qué es eso?

—La verdad, no tengo idea. He oído que mucha gente de por aquí lo menciona, pero nunca he ido.

Derick le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los suyos.

—¿Vamos a explorar un nuevo lugar juntos?

—Sí —dijo Siobhan, sonriendo.

—Excelente.

Derick se puso los lentes oscuros y la guio a la camioneta negra que los esperaba. Le indicó la dirección al conductor y emprendieron el camino. Siobhan le señaló algunos puntos de referencia que conocía y, cuando pasaron por la bodega con el mural que sus amigos habían luchado por salvar, Siobhan le contó a Derick la historia.

—Parecen buenas personas. Me alegro de que ese asunto les haya salido bien —dijo él.

—Yo también.

Llegaron a Belle Isle, un parque en una isla sobre el río Detroit.

—Es muy hermoso —comentó Derick.

—¡Cierto! Qué bueno que vinimos.

—Lo sé —dijo Derick, y le dio un empujoncito con el hombro—. Me encanta cuando nos venimos.

Siobhan soltó una carcajada y le dio otro empujón.

—Qué inmaduro eres.

—Es parte de mi encanto —dijo él, y como ella estaba de acuerdo, no dijo nada más.

Caminaron en los alrededores de la isla antes de entrar al zoológico.

—Es muy extraño —murmuró Derick mientras miraba el mapa que habían tomado en la entrada.

—¿Qué cosa?

—Según esto, estamos en el zoológico —y miró a su alrededor— pero no...

Siobhan examinó los alrededores antes de darle un toquecito en el brazo.

—Ahí hay un ciervo —le indicó. Derick vio al ciervo, miró el mapa, y volvió a mirar al ciervo.

—¿Habrás algo más?

—Creo que hay un letrero de tortugas por allá —dijo ella. Él entrecerró los ojos para verlo y suspiró antes de mirarla. Se observaron por un instante antes de reír. Derick agitó los brazos, señalando a su alrededor.

—¡Esto no es un zoológico! —reclamó, intentando recuperar el aliento tras reírse tanto—. Este folleto es publicidad falsa.

El comentario le provocó carcajadas a Siobhan. Éstos eran los momentos que tanto amaba. Aquellos en los que dejaban de complicarse y simplemente se dedicaban a disfrutar de la vida juntos.

—Siento mucho que hayamos caminado hasta acá. Fue una decepción total —dijo Derick, y le rodeó los hombros con el brazo, haciéndole ligeras caricias con las yemas de los dedos.

—No, fue una aventura —le aseguró ella—, una anécdota increíble para contarle a la gente. La vez que fuimos a un zoológico que no era zoológico.

—Me encanta eso de ti —dijo él, mirándola intensamente.

—¿Qué cosa?

—Cómo aceptas la vida como viene y no pierdes el tiempo lamentándote por las pequeñas decepciones o los momentos difíciles. Sólo sigues avanzando.

Siobhan se encogió de hombros, sintiéndose a la vez halagada y avergonzada por el cumplido.

—Gracias.

—No, gracias a ti —dijo Derick, y le besó la sien—. A veces eso me cuesta trabajo, ¿sabes? Dejar que la vida pase como tenga que pasar. Eres una buena influencia.

—Lo mismo digo —respondió ella con una sonrisa.

Después, ambos decidieron caminar hasta el agua para contemplar el vaivén de la corriente. Derick le rodeó la cintura y la atrajo. Ella se relajó de inmediato.

—Estoy feliz de que estés aquí.

—Yo también —dijo él—, si no, te habrías perdido en ese zoológico gigante.

Ella le dio un golpecito en el pecho y luego dejó la palma de su mano apoyada ahí, sobre su corazón.

—No es lo que quise decir, capitán Sarcasmo —dijo Siobhan haciendo un guiño. Él miró con dulzura su expresión llena de amor.

—Ya sé lo que quisiste decir, preciosa.

Siobhan se abrazó más a él, feliz de que estuvieran, al fin, en el mismo canal.

Capítulo 11

Habían pasado ya ocho días desde que la había visto. Sus negocios en Nueva York lo habían clamado y aunque dejarla lo desgarraba, había tenido que marcharse. Ahora, mientras contemplaba la oscura y ajena ciudad por la ventanilla del auto, no podía creer que había vivido sin Siobhan por más de un mes. Se recargó en el asiento e intentó no pensar en lo que había acontecido para enfocarse en el presente.

Derick iba a encontrarse con Siobhan y estaba a sólo unos cuantos minutos del bar que ella le había indicado. La había extrañado tanto la última semana, que estaba considerando secuestrarla y llevarla a la habitación del hotel para tenerla toda para él, pero sabía que les quedaban cinco días por delante. Y sabía que para ella era muy importante estar presente en la celebración de uno de sus amigos, que había conseguido exponer en una elegante *boutique* de muebles de diseño. *Art nouveau*, había dicho Siobhan. Derick sacó su teléfono para buscar el término en internet y saber qué demonios significaba, pero era demasiado tarde.

El conductor se detuvo frente al Cass Café y Derick contempló la ordinaria fachada de piedra color café claro. No se parecía en absoluto al majestuoso y artístico salón que se había imaginado cuando Siobhan le habló del lugar, pero en cuanto abrió la puerta, supo que estaba en el sitio correcto.

El espacio interior tenía un ambiente industrial, especialmente en el área del *loft*, un piso arriba del comedor principal. El restaurante también funcionaba como galería, lo cual lo hacía más atractivo para los artistas locales, según le había contado Siobhan.

Derick se encaminó al bar y miró a su alrededor, buscándola. Sonrió al reconocerla y el rostro de ella se iluminó. Lo saludó con la mano y le indicó acercarse a su esquina, en la que convivía de pie con otras cinco personas.

—¡Derick! —dijo emocionada, antes de apoyar las palmas de las manos en su pecho y darle un beso— ¡Llegaste! Derick, éstos son mis amigos. Amigos, éste es Derick.

Derick inclinó la cabeza a modo de saludo y, mientras los demás se presentaban, examinó al ecléctico grupo (el tipo de ropa que llevaban, cuyo estilo Derick sólo podía clasificar como “hipster bohemio”) y se sintió inmediatamente fuera de lugar con su simple camiseta y jeans de corte relajado.

—Voy por un trago. ¿Qué estás tomando? —le preguntó a Siobhan—. Te traigo otro.

—Vodka con jugo de arándano y toronja —respondió ella.

Él se dirigió al bar. Volvió unos minutos más tarde con el colorido coctel para ella y una cerveza para él.

—¿Y a quién estamos celebrando? —preguntó. Siobhan aún no le había dicho.

—Ay, perdóname. A Jacob —y señaló a un hombre con estrechos jeans rotos y una deslavada camiseta naranja. Derick lo felicitó y le hizo algunas preguntas acerca de su trabajo. Quizá no entendiera de arte, pero de muebles sí que sabía, y se alegró de poder participar en la conversación. Un minuto más tarde llegaron los shots que había ordenado.

—¿Tequila está bien para todos? —preguntó mientras el mesero los repartía.

—Siobhan, ¿por qué no me dijiste que tu novio era sexy y generoso? —preguntó Jacob, y Derick se rio.

—Óyeme —atajó Siobhan, rodeando la cintura de Derick con un brazo para atraerlo a ella—, consíguete a tu propio hombre. Éste es mío.

Jacob se pasó los dedos por el corto cabello oscuro y arqueó una ceja.

—¿No tendrás un hermano gay por ahí? —le preguntó a Derick.

—No. Lo siento.

—No estaba de más preguntar —dijo Jacob, encogiéndose de hombros. El grupo brindó por él y todos sorbieron sus shots de un trago.

—¿Siobhan ya te contó de la inauguración de la galería? —preguntó Daphne—. Jacob no es el único que debe celebrar.

—No —replicó Derick, le dio un trago a su cerveza y volvió a mirarla—, cuéntame.

—Me acabo de enterar hace unos días y te lo quería contar en persona —exclamó, a punto de comenzar a brincar de entusiasmo—. Expuse algunas

pinturas en una galería. La inauguración estuvo muy bien y ahora el dueño quiere dejar mis piezas expuestas por unos meses.

—Eres muy modesta —intervino Wendell—. No es “una galería”, se trata de un lugar importante. Y Siobhan vendió dos cuadros.

—¿En serio? ¡Eso es increíble! —dijo Derick, colmado de orgullo. Siobhan sonrió.

—Tuve mucha suerte de exponer ahí.

—No tiene nada que ver con suerte —opinó Jacob—, te has matado por eso.

—Entrar en esa galería es el gran acontecimiento —agregó Daphne—, y no pasó así nada más. Siobhan ha estado trabajando mucho para promover su arte en sitios online y en las redes sociales. Y, bueno, funcionó.

Siobhan se sonrojó.

—¿No estábamos aquí para celebrar la exposición de Jacob? —dijo tímidamente.

—Parece que también quieren celebrar tu trabajo —dijo Derick. La rodeó con un brazo, la atrajo hacia sí y le dio un beso— y te lo mereces.

El grupo conversó por un rato más antes de dispersarse; algunos se dirigieron al restaurante para echar un vistazo a las obras de arte y otros fueron a encontrarse con amigos recién llegados. Siobhan le presentó a un par de amigos más, antes de que decidieran tomar una mesa y compartir algunos canapés. Cuando una banda local comenzó a tocar, Derick le preguntó si quería bailar. Necesitaba ponerle las manos encima.

La primera canción era lenta y Siobhan apoyó la cabeza sobre su pecho mientras se movían cadenciosamente y en silencio. Hasta que ella alzó la mirada.

—¿Te puedo decir algo? —preguntó. Derick asintió.

—Jacob tiene razón. Eres *muy* sexy.

Los labios de Derick se curvaron ligeramente y se inclinó para darle a Siobhan un gentil beso en la frente.

—Me alegra mucho que lo creas —opinó, y apoyó la cabeza en la de ella. Desde ahí podía oler el dulzor de su bebida en su boca. ¡Cómo quería lamer sus labios y probarla!

Bajó las manos de sus caderas a su trasero, que sólo estaba cubierto por la delgada tela del vestido. Siobhan soltó una risita y se tensó cuando él le dio un rápido apretón antes de volver a una posición más apropiada para un lugar público. Siguieron moviéndose uno contra el otro al son de la música,

provocando que la entrepierna de Derick se endureciera con cada roce del cuerpo de ella.

Siobhan comenzó a acariciarle la espalda de arriba abajo mientras se pegaba más a él. Era evidente que en ese momento tenían la misma idea en la cabeza. Derick rozó sus labios a su oreja y le retiró un mechón de cabello para susurrar:

—Quizás es hora de irnos.

—Creo que tienes razón —coincidió ella, antes de ofrecer sus labios.

Capítulo 12

Derick descendió del auto, se alisó la ropa y se encaminó al estudio donde Siobhan estaría impartiendo una clase. No la había visto pintar desde aquel día en Central Park, así que le alegraba haber llegado a recogerla un poco antes. Pero cuando abrió la puerta, no vio a Siobhan dando una clase. En vez de eso, la encontró desnuda y tendida en un sofá. Siobhan no era la profesora, era una modelo.

Capítulo 13

Al escuchar su nombre, Siobhan volteó bruscamente. ¡Diablos! Conocía esa voz. Aferró la sábana que descansaba alrededor de su cintura y la sangre le bajó a los pies.

—Ponte esto —dijo Derick, lanzándole la bata que encontró colgada en una silla cercana.

—Estoy trabajando, Derick. Tú ibas a llegar en veinte minutos.

—Ponte la bata, Siobhan —ordenó él. Sus ojos centelleaban y, al mirarlos, ella no pudo determinar qué emociones los inundaban. ¿Confusión? ¿Enojo? ¿Frustración? ¿Necesidad de protegerla? Un poco de cada una, probablemente.

Al escuchar sus voces, Michael emergió de la habitación del fondo del estudio y se acercó a Derick.

—¿Hay algún problema?

Siobhan no creía que fuera posible, pero la pregunta hizo que Derick palideciera aún más.

—Ah, sí, hay un problema, definitivamente lo hay —gruñó—, ¿quién demonios eres tú?

—Soy el dueño de este estudio —Michael respondió tendiéndole la mano, pero Derick no la tomó—. ¿Y tú eres...?

—Soy el que quiere saber por qué demonios su novia está desnuda y acostada en tu sillón —replicó, invadiendo el espacio personal de Michael.

—Creo que la sesión terminó por hoy. Una disculpa a todos —dijo Michael, dirigiéndose al grupo de artistas.

Siobhan tomó la bata y se la puso de mala gana. No le dirigió a Derick ni la mirada al caminar hacia el fondo del estudio. Entró al vestidor para cambiarse, pero antes de que pudiera cerrar, él detuvo la puerta con la mano,

entró y cerró a sus espaldas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó.

—¿Yo? ¿Qué demonios estás haciendo *tú*? No puedes aparecerte así y hacer una escenita como ésta. Estoy trabajando —replicó ella, alisándose el cabello.

—Trabajando *desnuda*. Ese Michael te está... ¡te está pagando por tu cuerpo!

—Lo dices como si fuera una prostituta.

—Lo digo como si fuera tu novio —replicó él, tensando la mandíbula.

—Derick, en la comunidad artística el modelaje de desnudos es una manera respetable de ganar dinero. Entiendo que estés alterado, pero muchas personas...

—Tú no eres “muchas personas”, eres mi novia. Y no puedo creer que estés intentando convencerme de que está bien que un montón de extraños te vean desnuda.

Siobhan inhaló lentamente y el aroma de la piel fresca de Derick inundó sus fosas nasales mientras se acercaba a él. Podía entender su argumento y, si era honesta, sospechaba que él no estaría muy contento cuando se enterara de ese trabajo alterno. ¿Qué novio lo estaría?

—A ver. Entiendo que estés alterado, pero es algo que hacía antes de que tú y yo volviéramos a estar juntos.

—Bueno, pues creo que es un buen momento para que dejes de hacerlo —dijo, y aunque su voz era firme, su tono se había suavizado—. Esto —deslizó una mano dentro de la bata abierta de Siobhan— es mío.

Dejó las puntas de sus dedos apoyadas en el hueso de su cadera y después procedió a acariciar la piel de su estómago.

—Yo soy el único que puede tocarlo —declaró, hipnotizándola con la intensidad de sus ojos ambarinos— y preferiría ser el único que puede verlo, también.

Siobhan se quedó muda, lo cual no sucedía con mucha frecuencia. La feminista dentro de ella quería protestar, pero algo no se lo permitía: las palabras de Derick habían provocado una súbita humedad entre sus piernas. Él siguió paseándose por sus costillas, llegó hasta uno de sus pechos y le rozó el pezón con la punta de los dedos.

—Ya sé que no puedo decirte qué hacer, Siobhan. Eres una mujer hecha y derecha, y tomas tus propias decisiones —dijo, bajando el volumen de su voz.

Acercó su boca al cuello de Siobhan, quien instintivamente inclinó la cabeza para darle acceso—, así que sólo puedo pedirte —y le plantó un suave beso— que ya no hagas esto.

Ella se sintió desvanecer en sus brazos y, cuando su aliento le rozó la carne, un gemido grave salió de entre sus labios.

—Está bien —accedió en un susurro. Derick levantó la cabeza de su clavícula, sobre la que había estado depositando un montón de besos, y la miró. Parecía sorprendido.

—Está bien ¿qué?

—Está bien, ya no lo haré.

Una sonrisa de satisfacción inundó el rostro de Derick y su mano abandonó el estómago de Siobhan para instalarse entre sus piernas. Introdujo un dedo en su interior y comenzó a mover su pulgar en pequeños círculos sobre su sexo.

—¿Por qué? —preguntó, acercándola al clímax con cada movimiento de sus dedos.

—Porque soy tuya —respondió Siobhan en un suave jadeo.

—Dios, dilo otra vez —suplicó Derick, obligándola a sentir la rigidez de su entrepierna mientras la empujaba contra la pared.

—Soy tuya, Derick.

Capítulo 14

Aunque estaba terriblemente excitado, Derick no permitiría que ninguno de los dos alcanzara el orgasmo en un lugar en el que Siobhan acababa de estar desnuda frente a un montón de extraños. No había manera.

—Vámonos de aquí —le susurró al oído al tiempo que se retiraba lentamente de su interior. Ella se dio vuelta con brusquedad.

—¿Estás bromeando? —reclamó, y Derick no pudo evitar una ligera sonrisa.

—No.

Siobhan lo miró fijamente, y con cada segundo que pasaba, sus ojos se entrecerraban más y más.

—¿Me vas a dejar a medias? Eso no se hace.

Derick soltó una carcajada y luego la miró. El puchero en la cara de Siobhan era casi adorable como para resistirse; casi. Se acercó, cuidándose de no hacer ningún contacto físico con ella mientras acercaba los labios a su oreja.

—Mi plan de hoy era verte pintar. Tú obtendrás lo que quieres cuando yo obtenga lo que quiero.

—¿Quieres verme pintar? ¿Ahora mismo? —chilló con una voz llena de incredulidad. Suspiró sonoramente y tomó su ropa—. No sé cómo sentirme. Mi novio me pide que me ponga la ropa en vez de quitármela. Tal vez estoy perdiendo mi toque.

—No. Lo que perdiste es *mi* toque. Y sólo hay una manera de recuperarlo —declaró, y le encantó ver que Siobhan se quedaba sin aliento ante sus palabras. Nunca había intentado ser dominante en sus juegos amorosos, pero ahora le estaba gustando. Y a juzgar por cómo lo miraba Siobhan, saboreándolo, parecía que a ella también le gustaba.

—Mi estudio está cerca —dijo ella con voz áspera y jadeante.

—Perfecto.

Siobhan terminó de vestirse, tomó su bolsa y salieron del cuarto al que ella jamás volvería a entrar, si él podía evitarlo.

—Podemos ir caminando —dijo ella, y emprendieron el camino. Él procuró tocarla durante todo el trayecto. El silencio plagado de tensión sexual estaba volviéndola loca.

Aunque él no lo admitiría, las dos cuabras hasta el estudio también le parecieron eternas. No podía pensar en nada más que en sexo y cuando ella al fin abrió la puerta y lo dejó entrar, su miembro estaba a punto de romper el cierre de sus pantalones.

Recorrió el espacio con la mirada de manera fugaz: el ventanal de piso a techo que dejaba entrar una copiosa cantidad de luz natural, el caballete con un lienzo en blanco y algunas pinturas que descansaban contra las otras paredes. La verdad es que no era mucho más grande que el vestidor de Derick en Nueva York, pero obviamente ella no necesitaba más.

—Un tipo más o menos importante en el ambiente artístico compró todo este piso y lo convirtió en varios miniestudios —comentó ella—, la renta es increíblemente razonable.

Derick asintió mientras echaba un último vistazo al cuarto para, al terminar, posar la mirada en ella.

—Desnúdate.

Siobhan sonrió y comenzó a quitarse la ropa.

—¿Vas a pintarme como a tus chicas francesas? —preguntó. Él la miró y no había duda de que la expresión en su cara era pura confusión. Ella puso los ojos en blanco—. ¿Nunca viste *Titanic*? ¿Leo? ¿Kate?

—Ah... Bueno, pues si tú pintas para mí, yo te pinto a ti.

Siobhan dejó caer sus prendas al suelo y contempló a Derick por unos segundos antes de darse la vuelta y preparar sus pinturas. Después se sentó frente al caballete, tomó un pincel y se puso a trabajar.

Derick se permitió el placer de mirarla pintar desnuda por unos minutos. Admiró el tono, un tanto rosado de su piel, y la manera en que se acomodó el cabello a un lado, dejándolo descansar sobre uno de sus pechos. Era lo más erótico que había visto en su vida.

Ella se veía muy cómoda. Pintar realmente la convertía en la versión de sí misma que a Derick le gustaba más. Nunca creyó que podía llegar a sentirse

aún más atraído por ella, pero observarla así, mirar la vulnerabilidad de cada pincelada sobre el lienzo, hizo que ardiera de un modo antes desconocido. Eventualmente se acomodó detrás de Siobhan, presionándose contra el cuerpo desnudo de ella. Sintió cómo la respiración de ella se dificultaba, pero no dejó de acariciar el lienzo con su pincel.

Rodeándola con cuidado, Derick metió un dedo en un poco de pintura. Besó suavemente la blanca nuca antes de retroceder y trazar la línea de su columna con su dedo lleno de pintura. Ella arqueó la espalda e inhaló bruscamente, abandonando el lienzo. Derick volvió a acercarse y esta vez hundió el pulgar y el índice en la pintura.

—Si tú te detienes, yo también —le advirtió—, y créeme: no quieres que eso suceda.

Siobhan se estremeció de pies a cabeza antes de ser capaz de levantar su pincel y continuar. Derick se llenó los dedos de la otra mano de pintura y manchó las caderas de ella de huellas digitales.

—Voy a poner mis manos en todo tu cuerpo —dijo en voz baja y grave, y continuó llenándose los dedos de pintura, trazando líneas y dejando huellas en su espalda y en sus costados—. Así, cada que te quites la ropa, de ahora en adelante, recordarás las marcas que te puse para reivindicar lo que es mío. Será como si mis manos siguieran sobre tu piel.

Se acomodó a su lado para marcar alrededor de sus pezones y en la piel bajo sus pechos antes de bajar hasta su ombligo. Mientras tanto, las pinceladas de Siobhan se volvieron erráticas, pero no se detuvo, ni siquiera cuando él le abrió los muslos para marcarlos con sus dedos.

Derick retrocedió un momento para observar su trabajo: Siobhan cubierta de una variedad de huellas de colores que sus manos habían puesto ahí. Le quitó el pincel de entre los dedos, lo dejó a un lado y tomó el trapo que colgaba del caballete. Se limpió las manos lo mejor que pudo y luego sujetó las caderas de ella y la giró sobre su banco hasta tenerla frente a él.

—Para lo demás no necesito mis manos —anunció y se colocó entre sus piernas abiertas—. Tú me vas a quitar los pantalones. Y después te voy a poseer de modo que no te va a quedar duda de a quién le perteneces.

Siobhan posó las manos sobre el cinturón de él, pero no lo desabrochó. En lugar de eso, lo miró a los ojos.

—¿Tú también me perteneces a mí? —preguntó.

Derick no pudo evitar salirse de su papel para tomar su hermosa cara entre

sus palmas.

—Jamás le he pertenecido a nadie como te pertenezco a ti.

Los ojos de ella se nublaron al escucharlo, pero recobró la compostura y se apresuró a bajarle los pantalones y los bóxers. Le rodeó el cuello con los brazos y él no esperó para penetrarla: le abrió las piernas y se aferró a su trasero para poder embestirla con todo el ímpetu y la necesidad que corría por sus venas. Siobhan era suya y se iba a asegurar de que lo entendiera.

El aire se llenó de gritos y jadeos mientras él se sacudía contra ella salvajemente. Sus empujones eran tan intensos, que no se atrevió a soltarla para poder jugar con su sexo: tenía que sostenerla con las dos manos por cuestiones de equilibrio. A ella no pareció molestarle.

—Sí, Derick, sí —jadeaba, con los dedos enredados en los cabellos de él y jalándolo hasta causarle dolor. Pero la incomodidad lo impulsó a continuar. Así la quería: salvaje, feral. Deseaba que este encuentro quedara grabado en su mente para que, cuando pensara en huir, recordara que ya no podían separarse, que eran uno.

Siobhan gimió ruidosamente mientras él seguía hundiéndose en ella. Derick era sensación pura, lo percibía todo, era incapaz de registrar cualquier cosa que no fuera placer absoluto y una pasión abrumadora por la mujer que tenía entre los brazos.

Ella dio un grito ahogado al terminar, y su humedad lo cubrió a él, que continuaba moviéndose en su interior, flexionando cada músculo para llegar lo más profundo posible, hasta que alcanzó el clímax, derramándose con intensidad dentro del amado cuerpo. Exhausto, hundió el rostro en el cuello de ella y su cuerpo permaneció, ahí, entre las paredes de su vientre. Quería dejar hasta la última gota en su interior.

Permanecieron abrazados un rato más, hasta que el calor que habían generado se disipó y dejó a sus cuerpos empapados en sudor temblando en el cuarto fresco. Retirándose apenas lo suficiente para poder mirarla a los ojos, Derick besó sus labios suavemente. Siobhan sonrió.

—Entonces, ¿te gusta mi estudio?

Derick sonrió de vuelta.

—Es el mejor lugar en el que he estado en toda mi vida.

Capítulo 15

Siobhan se aplicó un poco de lápiz labial y tomó una chamarra ligera antes de salir para verse con Derick, quien acababa de escribirle diciendo que la estaba esperando afuera. Cuando llegó a la calle, lo vio de pie junto al auto. Pero no era la camioneta negra de siempre. Se trataba de un auto deportivo color acero tan bajo, que Siobhan temió caer al suelo al intentar abordarlo. No sería la primera vez que él tenía que sostenerla en el aire.

Derick le señaló la puerta del pasajero para que entrara y eso sólo la confundió más. Se asomó para mirar al interior y luego se enderezó para mirarlo a él.

—¿Y el conductor?

Derick sonrió de oreja a oreja.

—Está frente a ti.

A Siobhan le tomó un momento registrar lo que él había dicho, pero al comprender, soltó una risita.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Porque tú no manejas —dijo ella.

—Manejo —replicó él—, sólo que tú nunca me has visto.

Siobhan lo miró, escéptica, y luego le tendió la mano para que la ayudara a sentarse.

—¿De quién es este coche? —preguntó, imaginando que lo había rentado, ya que no había mencionado que tuviera ningún conocido en Detroit. Derick tomó asiento y encendió el motor.

—No sé —respondió, pisando el acelerador— pero van a estar muy molestos cuando vean que ya no está.

Siobhan abrió mucho los ojos y apretó el brazo de Derick.

—Espera un segundo, ¿qué?

Derick guardó silencio, con los ojos fijos en la carretera. El silencio intensificó la ansiedad de Siobhan hasta que, al llegar a una luz roja, él se volvió a mirarla con gesto divertido.

—Es mío, ¿de quién iba a ser? —dijo, riendo— ¿De verdad creíste que robaría un auto?

Siobhan lo consideró por un momento.

—No... o sea... —dudó mientras él arqueó una ceja—. No, no realmente —concluyó, acariciando el fino cuero del asiento—. ¿Lo trajiste de Nueva York?

Él asintió. Siobhan nunca se había impresionado por un coche, pero éste la hacía sentir diferente. Nunca había visto un vehículo en el que el asiento del conductor estuviera en medio de dos asientos, que estaban un poco más atrás.

—¿Qué tipo de coche es?

—Un McLaren F1. Su velocidad máxima rebasa los 350 kilómetros por hora.

El rostro de Siobhan se cubrió de angustia. Sentía la emoción de él, pero eso sólo la ponía más nerviosa. Sus manos comenzaron a sudar.

—No vas a ir muy rápido, ¿cierto?

Derick cambió la velocidad y el cuerpo de Siobhan se pegó al respaldo cuando el auto aceleró.

—No podemos ir así de rápido en una vía pública —respondió él, y ella se relajó un poco—. Pero tampoco planeo respetar el límite de velocidad.

Se volvió un instante para mirarla y ella reconoció el brillo en sus ojos. Sus manos descansaban cómodamente sobre el volante.

—Te gusta manejar, ¿eh?

La pregunta hizo que el rostro de Derick adoptara una expresión infantil.

—¿Tan obvio es? —preguntó, mientras se incorporaba a la carretera y aceleraba dirigiéndose hacia el carril izquierdo.

—Un poquito —dijo ella, recargando la cabeza en el asiento y mirándolo—. Es lindo.

—En la ciudad no puedo manejar mucho, así que de vez en cuando saco a pasear a alguno de mis coches. Los caminos abiertos me hacen sentir libre. Es como si pudiera concentrarme en todo y en nada a la vez —dijo. Puso una mano sobre el muslo de ella y lo apretó—. Eso no tiene mucho sentido para ti, ¿o sí?

Derick estaba mirando la carretera con atención, pero ella lo contemplaba a él.

—Quizá te suene extraño, pero sé exactamente a qué te refieres. Así es como me siento al pintar.

A pesar de la velocidad, Siobhan comenzó a relajarse. Él parecía estar en perfecto control y el auto avanzaba tan fluidamente que apenas se dio cuenta de que iban a... ¡170 kilómetros por hora! ¡Santo Dios! Por suerte estaban más allá de los límites de la ciudad y no había policías de tránsito a la vista.

Ella nunca había viajado a tal velocidad, pero él no parecía afectado en lo más mínimo, y cambiaba las estaciones de radio como si estuvieran paseando por una calle suburbana a 40 kilómetros por hora.

—Marnel me contó de su fiesta ayer. ¿Estás emocionada? —preguntó Derick.

—Sí, tengo muchas ganas de volver a ver a las chicas. Tú también vienes, ¿no?

—Sí, no me lo perdería por nada.

De alguna manera, la tranquilidad de Derick al manejar se volvió contagiosa. Los músculos de Siobhan se relajaron, al fin, y destensó los dedos de sus manos.

—¿A dónde vamos? —preguntó, mirando el cielo nocturno. Derick retiró la mano de la palanca de cambios y entrelazó sus dedos con los de ella.

—A ningún lugar en especial.

Siobhan se concentró en el tacto de la mano de Derick sobre la suya y él comenzó a acariciarle la piel con el pulgar. Incluso ante ese inocente contacto, su estómago dio un vuelco. Y de alguna manera, supo que él también lo había sentido.

Comenzó a pasear por el brazo de él con sus uñas y soltó una pausada exhalación cuando Derick movió la mano al interior de su muslo para acariciarla sobre los jeans. Sus caderas se elevaron ligeramente, rogándole en silencio que fuera más arriba. Él la complació, pero el contacto de su mano frotándola sobre la gruesa tela resultó peor: la ubicación de los asientos no permitiría que él la acariciara como ella quería.

Siobhan pudo sentir lo empapada que estaba su ropa interior sólo por los jugueteos de la mano de Derick sobre su ropa. Él continuó ejerciendo presión sobre su sexo y ella pronto gemía, rogando por más.

—Por favor, Derick, necesito que me toques —dijo, estirando el brazo para

tocarle la entrepierna, abultada contra sus pantalones. Él exhaló ásperamente y ella notó lo difícil que le resultaba concentrarse en el camino mientras ella lo tocaba, quedándose en su miembro para luego buscar la punta con la palma de la mano.

—¿Estás intentando que empape mis pantalones, Siobhan? —le preguntó, juguetón, mientras recargaba la cabeza en el asiento.

—Depende —respondió ella—, ¿tú vas a hacer que yo empape los míos?

Derick pisó el acelerador cuando el auto frente a él se movió a la derecha para dejarlo pasar.

—No —replicó—, estaba pensando que tú debías hacerlo.

El estómago de Siobhan subió hacia su garganta, no sabía si por culpa de la velocidad a la que iban o de la tortura sexual que Derick le estaba infligiendo. Él retiró su mano para devolverla al volante y ella dejó escapar una exhalación entrecortada.

—Desabróchate los jeans —ordenó Derick. Ella lo obedeció y se anticipó a bajar el cierre, también—. Quiero que te hagas lo que quisieras que yo te hiciera —indicó, y le echó un vistazo antes de dirigir la mirada a la carretera— y quiero que me lo describas, porque no puedo verte.

El sonido que salió de la garganta de ella era una extraña mezcla de risa y suspiro.

—¿De qué te ríes?

—No sé si pueda hacerlo.

—¿Qué cosa? —preguntó Derick— ¿Tocarte o describirlo?

—Las dos, o hacerlo al mismo tiempo, tal vez. No sé.

—Me gustaría que lo intentaras —dijo él con la mirada fija en el camino. Luego le dio una palmadita en la pierna y sonrió—. Tengo fe en ti.

—Ah, muy bien —rio Siobhan—, eso me anima.

—Ya lo has hecho, ¿no?

—¿Masturbarme en un coche? No. Es mi primera vez, sorprendentemente —respondió, impasible. Derick le lanzó una mirada regañona.

—No te hagas la inocente y tócate ahora mismo.

Esta vez Siobhan obedeció y deslizó su mano bajo su camiseta para pasar los dedos por la orilla de su ropa interior. Gimió al llevar su otra mano hasta su pecho y pellizcarse un pezón gentilmente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Derick.

—Me estoy imaginando que tu mano está en mi vientre y tu boca en mi

pecho.

—Sigue. Dime qué más quieres que te haga.

Lo pensó por unos segundos y se dio cuenta de que vocalizar sus deseos no la avergonzaba tanto como creía.

—Quiero que vayas más abajo... quiero que me metas los dedos... que me toques —dijo, introduciendo la mano bajo su ropa interior de encaje blanco— y así sentirías lo mojada que estoy para ti.

Siobhan mantuvo los ojos abiertos, mirando cómo Derick colocaba una mano entre sus piernas para tocarse sobre la ropa. Gimió suavemente al principio, pero sus sonidos aumentaron de volumen a medida que los círculos que trazaba sobre sí misma se volvían más rápidos. Cambió de posición y comenzó a mover sus caderas hacia arriba para seguir tocándose.

Derick puso ambas manos sobre el volante para rebasar al auto frente a ellos.

—Te... —carraspeó— ¿te tocabas así cuando te fuiste de Nueva York?

Ella no esperaba la pregunta, así que respondió sin filtros.

—Al principio no.

—¿Por qué? —quiso saber Derick.

—No quería pensar en ti cuando me fui —admitió—, y esto me lo habría recordado. La manera en que me tocas por fuera —e introduciéndose un dedo, agregó— y por dentro.

—¿Pero eventualmente te tocaste?

Siobhan exhaló pesadamente. Estaba tan mojada que era casi imposible conseguir la fricción que necesitaba.

—Sí...

—¿Qué cambió? —preguntó Derick, y su mano volvió a su entrepierna. Ella miró cómo él se tocaba sin piedad por encima de la tela y deseó verlo sin ropa. Le encantaba cómo su miembro lucía cuando estaba así de listo: con las venas inflamadas y la punta perlada de humedad.

—Lo necesitaba —respondió Siobhan—, y eventualmente dejó de importarme si me recordaba a ti.

La velocidad aumentó. Se acercaba.

—Me encanta cuando mueves tus dedos así, cuando me acaricias por dentro —dijo, intentando replicar el movimiento, aunque la sensación de los dedos de Derick era totalmente diferente.

—Ah, Siobhan, vas a hacer que acabe —jadeó él—, escucharte hablar así...

no aguanto más.

Ella siguió frotándose cada vez con más desvergüenza, buscando la liberación que sabía inminente. Sus ojos se cerraron y sus músculos comenzaron a tensarse hasta que, al fin, se inmovilizó alrededor de sus dedos, su cuerpo entero pulsó con el orgasmo que la recorrió desde el centro y hasta las puntas de los pies. Se calmó poco a poco y al recuperar el aliento se desabrochó el cinturón de seguridad y se deslizó al frente de su asiento.

—¿Qué haces? —le preguntó Derick cuando ella le bajó el cierre y liberó su erección de sus pantalones.

—Sexo oral de carretera —dijo, como si la respuesta fuera obvia. Y dada la manera en que Siobhan se inclinaba, debió serlo—. Siempre he querido hacer esto y ésta es la oportunidad perfecta.

—Siobhan, vamos a más de 150 kilómetros por hora.

Ella sonrió antes de pasarse la lengua por los labios.

—Pues entonces será mejor que haga esto rápido. Tú pon los ojos en la carretera —replicó ella, antes de acomodarse sobre él y meterlo en su boca. Derick jadeó cuando su punta chocó contra la garganta de ella. Siobhan lo consumía con frenesí, cubriéndolo todo de saliva con la lengua. Al ver que él tensaba los músculos de sus caderas, Siobhan supo que estaba cerca. Unos segundos después se vaciaba deliciosamente dentro de su boca.

El cuerpo de él seguía tenso tras su desahogo, pero unos segundos después sus músculos se soltaron y su rígido cuerpo se relajó. Ella levantó la cabeza y le acomodó los pantalones antes de volver a su asiento y ajustarse el cinturón de seguridad. Después, los dos contemplaron el camino ante ellos, silenciosos y satisfechos.

Capítulo 16

—¿Ya llegamos? —volvió a preguntar Siobhan. Había repetido lo mismo cada vez que el conductor detenía el auto.

—Podría acostumbrarme a eso —dijo Derick.

—¿A qué? ¿A mí comportándome como una niña de cuatro años en la carretera? Porque lo que esperaba era ser tan molesta, que acabaras diciéndome a dónde vamos.

—Eso es molesto, definitivamente. Pero yo me refería a *esto* —dijo, jalando un poco la venda con que le había cubierto los ojos. Luego posó su boca sobre la de ella, abriéndola gentilmente con su lengua. Siobhan no lo esperaba, por lo que resultó mucho más erótico.

—Otra vez —pidió ella cuando él detuvo el contacto.

—No puedo. Ya llegamos —dijo él.

Para cuando el auto se detuvo por completo y escuchó el sonido del seguro abriéndose, Siobhan estaba a punto de brincar de emoción. Derick salió del auto y le tomó la mano para ayudarla a bajar.

—¿Dónde estamos?

—Lo sabrás en un minuto.

—¿Me puedo quitar la venda?

—Todavía no —dijo él.

Siobhan escuchó una puerta abriéndose, mientras Derick la guiaba al interior. Reconoció el aroma de pintura fresca, pero no tenía la menor idea de dónde estaban: sólo sabía que se trataba de un ascensor. Cuando éste se detuvo y las puertas se abrieron, Derick le desató la venda con cuidado. La rodeó para salir del ascensor y ofrecerle su mano.

—¿Qué opinas? —preguntó, señalando a su alrededor. Ella giró sobre sus talones, encontrándose con techos altos, ventanales de piso a techo y una

combinación de paredes blancas con zonas de ladrillo expuesto. El lugar tenía muy pocos muebles, pero ella supo de inmediato de qué se trataba.

—¿Madre mía! ¿Rentaste un departamento aquí?

—No seas ridícula. Lo compré —dijo, con la irresistible sonrisa que ella adoraba.

—¿Lo compraste? ¿Para qué? Sólo vienes y vas, no necesitas una residencia permanente.

—No lo sé. Quién sabe cuándo decidas volver a Nueva York. Si es que te decides —y se encogió de hombros—. Además, fue muy barato.

Siobhan le hizo una mueca.

—No creí que te interesaran las cosas en oferta.

Derick se rio mientras Siobhan se encaminaba a la cocina. Al llegar se distrajo acariciando el granito color gris claro.

—Me gusta —dijo, pensando en lo similar que era al departamento de él en Nueva York—, pero vas a necesitar más que un sillón y una televisión.

Siobhan estaba recargada sobre la barra y él la siguió hasta ahí, puso las manos sobre sus caderas y se acercó a ella.

—También tengo una cama.

Rodeándolo con los brazos, ella buscó sus ojos.

—¿Estás tratando de seducirme? —le preguntó.

—Depende. ¿Está funcionando?

Siobhan le hizo un guiño y le dio una palmada en el trasero, soltándose de su abrazo.

—¿En qué parte de la ciudad estamos? —preguntó, dirigiéndose hacia las ventanas.

—Cerca del centro.

Caminó por el piso de madera del salón y se asomó a la calle. Le sorprendió encontrarse en uno de los pisos inferiores de un edificio y no en el penthouse de algún enorme rascacielos. Pero al examinar más cuidadosamente, su sorpresa se volvió mayúscula. Se dio cuenta de que reconocía las construcciones de alrededor. Sabía exactamente dónde estaba ubicado el departamento de Derick.

—Dios mío —exclamó, abriendo mucho los ojos y llevándose una mano a la boca—. ¿Fuiste tú el que compró el edificio para preservar el mural?

Capítulo 17

Derick estudió la expresión de Siobhan antes de responder, pero fue incapaz de descifrarla.

—Puede... que haya hecho eso. Es posible, sí.

Y entonces Siobhan mostró lo que estaba sintiendo. Pero había tantas emociones revoloteando por su rostro, y en periodos tan cortos, que Derick no pudo interpretar ninguna de ellas. Ella le dio la espalda, cruzó los brazos sobre el pecho, y dirigió la mirada a la ajetreada calle de abajo. Tras un par de minutos en silencio, él se acercó, metió las manos en los bolsillos y la acompañó en su contemplación.

—¿Podrías decir algo, por favor? —pidió, buscando sus ojos. Ella tenía el ceño fruncido y sus brazos parecían proteger su corazón.

—Estoy tratando de entender —musitó Siobhan.

—¿Entender qué? —aventuró él, con miedo de escuchar la respuesta, con terror, más bien.

Ella volteó para enfrentarlo y dejó caer los brazos.

—Yo no te hablé de este edificio hasta que estuviste aquí. Había estado trabajando con unos amigos para salvarlo, pero eso fue mucho antes de que volviéramos. Antes de que te aparecieras en mi puerta.

Una imagen estaba formándose en su cabeza y lo que estaba descubriendo no le gustaba nada. Derick no quería decir algo que pudiera empeorar las cosas, así que esperó a que Siobhan terminara de juntar las piezas. Ella miró hacia arriba y exhaló.

—¿Cómo supiste? ¿Cómo averiguaste que estaba tratando de salvar este edificio?

Derick bajó la mirada un momento antes de enfrentarse a aquellos ojos azules.

—De verdad no creo que te vaya a gustar mi respuesta —murmuró.

—Estoy bastante segura de que no, pero tengo que saber de todos modos.

Aunque Derick sabía que una vez que le mostrara el edificio, esa conversación sería inevitable, seguía ignorando cuál era la mejor manera de evitar ser desollado vivo después.

—Hice algunos viajes a Detroit después de que te fuiste —confesó.

—¿Para espiarme?

Él dio un paso adelante sin darse cuenta, pero se detuvo cuando notó que ella retrocedía.

—No. Para... ver. Desapareciste sin dejar rastro y te fuiste a una ciudad en la que no conocías a nadie. Me preocupé.

—Pero yo nunca te vi. Nunca me enteré siquiera de que estuviste aquí.

Derick se alisó los cabellos con la mano, abatido.

—De acuerdo, tal vez “ver” no es el término correcto —admitió.

—¿Cuál sería el término correcto? ¿Acosar?

—Ay, por favor, Siobhan. Si tanto querías desaparecer, debiste hacer privado tu perfil de Facebook.

Los ojos de ella se entrecerraron, furiosos.

—Uso mi perfil de Facebook para promover mi arte. No funciona si es privado —le explicó, como si se tratara de un niño de cuatro años de edad, alguien verdaderamente molesto. Luego suspiró y miró a través de la ventana—. ¿Así fue que me encontraste? ¿Persiguiéndome en Facebook?

Derick extendió los brazos a los lados como si fuera a exponer un argumento, pero de inmediato los dejó caer contra sus muslos, vencido.

—Si quieres saberlo todo, está bien. Aquí va. Aguanté como dos semanas antes de ir corriendo hasta Brooklyn a tocar a tu puerta. No quería ceder, pero te extrañaba como loco y me sentía miserable. Llegué a tu departamento, pero no abriste. Así que me senté junto a tu puerta a esperar. Esperé y esperé hasta que uno de tus vecinos se apiadó de mí y me dijo que te habías mudado. Trata de imaginarte cómo me sentí: no sólo me habías dejado a mí, habías dejado la ciudad. Diablos, ¡habías dejado el estado! —exclamó y comenzó a caminar nerviosamente. El recuerdo de esa horrible experiencia lo seguía atormentando—. Así que fui al Stone Room. Las chicas me confirmaron que te habías ido, pero no me dijeron a dónde —Derick dejó de caminar y la señaló con un dedo—. Ésas sí que son buenas amigas. Es más fácil sacarle información a un oficial de la cía.

Siobhan tuvo que esforzarse por ocultar una pequeña sonrisa al pensar en las chicas. Él no sostuvo su mirada: necesitaba seguirla evadiendo.

—Así que revisé tu Facebook. Y ahí estabas, en el maldito Detroit. Le diste “Me gusta” a un evento confirmando que asistirías, así que tomé un vuelo y me presenté en el famoso evento, que resultó ser a favor de este edificio.

Se detuvo frente a ella, desesperado por hacerla comprender lo que había hecho y por qué.

—Mi plan era acercarme y tratar de hablar contigo, pero cuando llegué, te veías tan... feliz. Estabas alegre y relajada. Nunca te vi así en Nueva York y no quise arruinarlo, así que me dediqué a observar, y entre más observaba, más entendía lo mucho que significaba este edificio, no sólo para ti sino para todos los que se hallaban ahí. Estaban defendiéndolo porque les encantaba el mural de una de sus paredes y pensé que quizá no fuera el momento de que peleara *por* ti, pero podía, mientras tanto, pelear por algo que era importante *para* ti... para ti y para tus amigos. Así que lo compré.

Derick suspiró y negó con la cabeza.

—Tal vez suene estúpido, pero pensé que si podía salvar al edificio, quizá podía salvarnos a nosotros también.

Las pupilas de ella se dirigieron al techo y recorrieron el cuarto, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Inhaló con dificultad y exhaló lentamente.

—No es estúpido. Bueno, es un poco estúpido —admitió, y se frotó el rostro con las manos antes de voltear a verlo—. Ah, no sé. Esto es tan confuso...

Derick la rodeó y le retiró las manos de la cara con dulzura.

—Siobhan, habla conmigo.

Ella soltó una pequeña risa, pero el sonido era doloroso.

—No sé qué decir.

—Bueno, empieza diciéndome qué sientes acerca de lo que te acabo de contar.

—Ése es el asunto —comenzó ella—, no sé cómo me siento. Sabía que me habías buscado de alguna manera. Digo, apareciste en mi departamento: obviamente habías hecho algo de investigación. Pero no esperaba que me dijeras que habías estado aquí, que me habías observado durante semanas antes de hablar conmigo. Y estoy enojada por eso, pero no tan enojada como debería estar, lo cual sólo... me enoja más. Tengo muchas emociones negativas respecto a lo que hiciste, pero también algunas positivas. Y no sé

qué hacer con todas ellas, Derick. Esto es demasiado abrumador.

Él se inclinó ligeramente para poder mirarla a los ojos. Percibió la tormenta en ellos y eso lo abatió.

—¿Qué puedo hacer?

—Creo que necesito un poco de tiempo para digerirlo todo. Tal vez sería mejor que vaya sola a la fiesta de Marnel. Así tendré algo de espacio para entender lo que siento y después podremos hablar.

—Pero... ¿sí vamos a hablar?

Siobhan le acarició una mejilla.

—He perdonado peores cosas, Derick. Sólo dame un poco de tiempo.

Capítulo 18

Siobhan no podía creer que estaba de vuelta en Nueva York. Sólo llevaba ahí tres horas y ya tenía tantas ganas de irse como meses atrás. Por supuesto que no ayudaba que cada lugar emblemático de la ciudad le recordara a Derick, con quien no había hablado desde su última discusión. Le había dicho que necesitaba espacio y estaba determinada a tomarlo.

Sólo había una cosa, bueno, una persona, que podía hacer que su regreso fuera mejor: Marnel. Siobhan le había prometido volver para su cumpleaños y ahí estaba, entrando al Stone Room, que había sido rentado para la ocasión, y no por Marnel. Siobhan necesitaba que le contaran los detalles: esa jugosa historia podría hacer que todo el viaje valiera la pena.

Siobhan miró a su alrededor, comparando el bar con los lugares que ahora ella frecuentaba en Detroit. Los sillones gris pizarra combinaban con los tonos claros de las paredes de piedra, dándole al espacio un carácter rústico y elegante. Con su piso de madera oscura y su flamante barra negra, el Stone Room era el epítome de la masculinidad. Pero la delicada cristalería de la iluminación le daba un toque femenino. Cuando trabajaba ahí, nunca se había detenido a apreciar la belleza que la rodeaba. Ahora, era todo lo que veía.

Estiró el cuello para buscar rostros conocidos y, de pronto, escuchó un chillido que sólo podría emitir una hiena quemada viva... o Marnel.

—¡Estás aquí! ¡No puedo creer que en verdad hayas venido!

Y un segundo después estaba envuelta en su toscó abrazo. Mientras la abrazaba, se dio cuenta de que el viaje ya había valido la pena. Aunque no se iría sin que le contaran aquella historia.

—Claro que vine. Te lo prometí.

Marnel retrocedió y apoyó las manos en los brazos de Siobhan.

—Sé que lo prometiste, pero también sé cómo son ustedes los *detroitianos*.

Siobhan inclinó la cabeza y arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Cómo somos? ¿Así se dice? ¿Detroitianos?

—No tengo la menor idea —dijo Marnel, encogiéndose de hombros—, pero me los imagino a todos como a Eminem en su película *Eight Mile*.

Siobhan asintió, fingiendo que comprendía totalmente.

—Claro, somos muy trabajadores, pero encontramos el tiempo para componer rap excelente.

—Exacto —sonrió Marnel y volvió a abrazarla.

—Te extrañé —dijo Siobhan, sintiendo que las lágrimas subían a sus ojos. Dio un paso atrás para recobrar el control—. ¿Qué eres esta noche? ¿Una belleza sureña?

Marnel sonrió, pero no era una sonrisa natural ni divertida.

—Nada de eso. Soy Marnel a secas. La Marnel que de verdad fue sureña alguna vez —dijo con cierta melancolía y sin rastro de acento.

Siobhan entrecerró los ojos. Era algo novedoso. Marnel no hablaba mucho de su pasado y sólo usaba aquel exagerado acento sureño cuando representaba algún personaje.

—¿En serio?

—Sí —afirmó Marnel, y Siobhan quiso preguntar más, pero se interrumpió al ver que Blaine y Cory venían corriendo hacia ellas. Mientras gritaban se turnaban para abrazarla, Siobhan mantuvo la mirada fija en Marnel. De pronto sintió que no la conocía tanto como creía, que era familiar y ajena a la vez.

—¿Dónde está Derick? —preguntó Cory, y la cabeza de Siobhan giró violentamente.

—¿Qué?

—Ya sabes, *Derick*. El hermoso millonario que fue a perseguirte a Detroit. ¿Dónde está?

—En su casa, supongo —respondió Siobhan con tono indiferente, esperando que así decidieran dejar el tema.

—¿Cómo que en su casa? —exclamó Blaine—, sabía que estaba invitado, ¿no?

Siobhan desvió la mirada a la multitud que rodeaba el bar.

—¿Podemos hablar de eso después? Quiero que me cuenten del tipo que le organizó esta fiesta a Marnel. Y quiero entender por qué decidió hacerla en su lugar de trabajo. ¿No estás harta de este lugar? —le preguntó a Marnel, quien

se ruborizó. Algo raro estaba sucediendo: nunca había visto a Marnel avergonzarse por nada, y eso que la había visto cometer estupideces épicas durante los meses que trabajaron juntas.

—Ah, ¿quieres que te contemos de Nate? —dijo Cory en tono provocador.

—*Claro* que quiero que me cuenten de él —replicó Siobhan, y entonces todas las miradas se dirigieron a Marnel, que inspeccionaba su manicura con la atención de un neurocirujano. Cuando el silencio hizo que alzara la mirada, suspiró ruidosamente y se golpeó los muslos con las palmas de las manos.

—Dejen de analizarme. Quise hacer la fiesta aquí para que mis amigas no tuvieran que pedir permisos especiales en sus trabajos para venir. Una decisión de la que me estoy arrepintiendo.

—Ah, qué considerada. Y no te estamos analizando —agregó Blaine—, estamos poniéndote atención.

—¿Y por qué me ponen tanta atención? —preguntó Marnel, ligeramente exasperada.

—Porque nos vas a contar una historia, la de Nate. Tómate la libertad de contarnos con lujo de detalle todas las cochinadas que estás haciendo con él, para ver si entendemos por qué rentó todo un bar para ti —dijo Blaine, y dio un paso adelante, cerrando un poco más su pequeño círculo.

Marnel las miró fijamente, una por una. Luego se incorporó, se echó un rubio mechón de cabello atrás del hombro y dijo:

—Es mi fiesta y si las quiero ignorar, las ignoraré —anunció y desapareció entre la multitud. Siobhan se volvió hacia las demás chicas y les preguntó si sabían algo más del famoso Nate.

—Sabemos quién es —dijo Cory, señalando el bar—. Es el guapísimo aquel, con el cabello claro y los hoyuelos en las mejillas, por si te lo preguntabas.

Siobhan se estiró para contemplarlo mejor.

—Ah, ya lo vi. Está guapísimo.

—Bueno, pues ahora ya sabes lo mismo que nosotras —dijo Cory—. Hay algo raro ahí, pero como ya viste, Marnel se rehúsa a informarnos.

—Marnel guardándose un secreto... eso es... inconcebible —dijo Siobhan, y tanto Cory como Blaine asintieron. Luego cambiaron el rumbo de la conversación y se pusieron al tanto de sus vidas. Siobhan se sentía más relajada de lo que había estado en toda la semana.

—Oye —dijo Blaine, llamándole la atención—, ¿dijiste que Derick no

venía?

Al escuchar ese nombre, los hombros de Siobhan se tensaron de nuevo y su relajación se desvaneció.

—No viene —dijo.

—¿Y entonces por qué camina hacia acá?

—¿Qué? —chilló Siobhan. Giró en sus talones, pero su tacón se atoró en el suelo, haciéndola tambalear. Y por segunda vez, Derick Miller salvó a Siobhan Dempsey de azotar contra el suelo en el Stone Room.

Capítulo 19

—¿Por qué estás aquí? —exclamó. Quizás era un buen momento para agradecer que la atrapara en el aire, pero estaba demasiado alterada para recordar sus buenos modales.

—Prometí que no me lo perdería —replicó Derick, y cuando estuvo seguro de que ella podía sostenerse, le soltó el brazo. Siobhan buscó a las chicas, pero habían emprendido una graciosa y discreta retirada, y ahora estaban perdidas en la multitud.

—Te dije que quería venir sola.

—Así fue. Viniste sola y luego yo te encontré aquí —dijo él con una pequeña sonrisa, y su forma de desviar la mirada recordaba a un niño intentando salirse con la suya.

Siobhan quería indignarse. Quería exigirle el tiempo que él había accedido darle. Pero algo hizo que las palabras murieran en su garganta: algo que tenía que ver con cómo se veía Derick con ese traje oscuro y hecho a la medida.

—Eres muy molesto, ¿sabías? —le dijo.

—Me lo han dicho un par de veces en mi vida —dijo, y luego la recorrió con la mirada—, pero hablemos de ti. Te ves realmente... notable de rojo.

Siobhan intentó no reaccionar ante el cumplido, pero la verdad era que se sentía muy bien en su ajustado vestido estilo cruzado.

—¿Notable? Qué bueno que no eres poeta —fue lo único que se le ocurrió decir.

Derick guardó silencio unos instantes, analizando su vocabulario.

—También podría decir que te ves... increíble.

Siobhan le lanzó una mirada de hastío.

—¿Refinada? —intentó él. Como respuesta, Siobhan arqueó una ceja. Entonces Derick chasqueó los dedos—: Radiante. Así es como te ves:

absolutamente radiante.

Siobhan puso los ojos en blanco, haciendo un gran esfuerzo por ocultar su sonrisa. Él apoyó la mejilla en su sien y le preguntó al oído:

—No sigues enojada conmigo, ¿o sí?

—No —dijo ella, aunque no sonó demasiado convincente.

—Ya no estés enojada. Es una tontería.

—¡Una tontería! —bufó Siobhan—. Qué elocuente.

Él se acomodó frente a ella y adoptó una actitud solemne.

—Lo digo en serio. Ya sé que hago cosas estúpidas, pero no soporto que dejes de hablarme. Prefiero que me grites a que me apliques la ley del hielo.

Siobhan lo rodeó con sus brazos.

—No quiero gritarte —le dijo. Él la estrechó con más fuerza.

—Qué bueno, porque tampoco lo disfruto mucho que digamos.

A Siobhan le tomó un minuto darse cuenta de que estaban bailando. La firme presión de su cuerpo contra el suyo mientras se balanceaban al ritmo de la música era intoxicante. Y entonces él lo arruinó preguntando:

—Entonces, sólo para cerrar el tema, ¿estás enojada o no?

Siobhan no pudo evitarlo y estalló en carcajadas.

—A veces, amarte es enloquecedor —le dijo.

Pero la manera en que él la miraba, con el rostro lleno de angustia, le devolvió la seriedad. A pesar de su aparente confianza y fanfarronería, el bello y molesto hombre que estaba frente a ella de verdad necesitaba saber la respuesta a su pregunta. En ese momento, ella comprendió que aunque Derick la tenía cautivada por completo, ella ejercía el mismo poder sobre él. Y aquello resultaba tan empoderador como aterrador. Se acercó a él, sintiendo los latidos de su corazón.

—No, Derick, no estoy enojada.

Capítulo 20

—¿Qué hora es? —preguntó Siobhan. Blaine sacó el teléfono de su bolsa.

—Las once y cuarto.

—¿De verdad? —preguntó Siobhan con los ojos muy abiertos. No podía creer que llevaba horas en la fiesta—. Siento que acabo de llegar.

—No, llevamos horas bebiendo. Te lo juro —dijo Cory, tomando otro sorbo de vino.

—¿Entonces por qué no estoy más *morracha*? —preguntó Marnel mientras se apoyaba en un banco para no perder el equilibrio. Blaine arqueó una ceja y soltó una carcajada.

—Yo creo que estás suficientemente *morracha*, querida. Estás a un paso de convertirte en un meme.

—Ay, cállate —dijo Marnel e intentó darle un empujón, pero la que acabó perdiendo el equilibrio fue ella. Se tambaleó por unos segundos, pero logró recuperar un poco la compostura. Se arregló el cabello y se alisó el vestido—. No estoy tan mal. Ahora, *Miobhan*, cuéntenos cómo va todo en Detroit.

—Todo va bien —dijo Siobhan tras terminarse su coctel y dejar el vaso sobre la barra.

—¿Eso es todo? —reclamó Cory—. ¿Va bien?

Siobhan se encogió de hombros y sonrió.

—No hay nada nuevo que contar. Ustedes ya saben todo. Mi arte se sigue vendiendo, lo cual es increíble, obviamente... —se detuvo a pensar unos instantes—, sigo teniendo buenos amigos y un departamento miserable... ¡ah! —exclamó al recordar algo que no les había contado— Derick compró un departamento allá.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Blaine—, y qué, ¿se va a mudar?

—No, pero va y viene. Me imagino que le parece estúpido quedarse en

hoteles cuando no tiene ni idea de por cuánto tiempo seguirá yendo para allá. Le pareció buena idea invertir en algo más permanente —explicó Siobhan y, al oírse hablar, sintió una punzada de culpa al comprender todo lo que Derick estaba sacrificando para poder mantener viva su relación. Claro, disponía del tiempo y el dinero para hacer los viajes, pero volar tan seguido debía ser cansado. Y, sin embargo, nunca se había quejado ni le había insistido que considerara volver a Nueva York.

Siobhan y las chicas pidieron otro trago y hablaron del Stone Room y de la nueva banda a la que Cory se había unido como vocalista. Volvieron a presionar a Marnel para que les diera información respecto al misterioso Nate, pero sólo obtuvieron un “Nunca lo sabrás” mal articulado, después Marnel se disculpó con una mueca y fue a encontrarse con él y un par de amigos.

—Voy por una bebida para Derick —anunció Siobhan, señalando hacia donde él conversaba con un par de personas, al otro lado del salón—, ¿quieren algo?

Las dos chicas declinaron. Cuando Siobhan pasó junto a él, Derick la rodeó con un brazo y le dio un ligero beso en la frente.

—Gracias —le dijo, dejando su vaso en la mesa antes de tomar la cerveza helada que Siobhan le había llevado. La presentó a las dos personas con las que había estado hablando y los cuatro conversaron unos minutos hasta que la otra pareja se dirigió al bar.

—Gracias a Dios —musitó Derick cuando estuvieron lo suficientemente lejos— esa gente está loca. La mujer me dijo que colecciona cabezas de muñecas de porcelana. Las pone en las cornisas de sus ventanas para alejar a los malos espíritus.

Siobhan se rio.

—Sólo tú acabas hablando con gente así. ¿Quiénes son?

—No tengo ni idea —dijo él, deslizando una mano en su bolsillo—, simplemente llegaron y empezaron a platicar conmigo.

—Es porque tienes esa cara —explicó ella. Él inclinó la cabeza, animándola a continuar—. Te ves accesible, sonríes mucho y haces contacto visual con desconocidos. Eso no se hace en Nueva York.

Derick soltó una risita.

—¿Ves? Justamente ésa es la expresión. Tus ojos se entornan y te ves feliz —dijo ella, rozándole la barbilla con la punta de los dedos.

Derick asintió y le acarició la nuca a Siobhan mientras la miraba a los ojos.

—Estoy feliz —dijo él.

Siobhan se dejó hipnotizar por sus ojos color ámbar, que brillaban a la tenue luz del salón.

—Yo también —replicó.

Compartieron unos instantes de dichoso silencio antes de que él la besara, abriéndole los labios con la lengua y empujándola contra la pared de piedra que estaba detrás. Fue un beso dulce y lento, pero cuando él se retiró, Siobhan estaba ansiosa y sin aliento.

—¿Por qué te detuviste? —susurró. Derick movió la cabeza, señalando el lugar lleno de gente.

—La fiesta no se ha terminado. Y si no me detengo, voy a necesitar tocar algo más que tu nuca. Me imaginé que querías algo de privacidad para eso.

Siobhan se pasó la lengua por los labios antes de morderse el labio inferior.

—La privacidad está sobrevaluada.

Capítulo 21

Lo que insinuaba Siobhan con esas palabras provocó que el miembro de Derick se endureciera de inmediato. Sabía que no había modo de que ella le permitiera poseerla contra la pared en una fiesta llena de gente, pero la imagen lo enardeció de todas maneras. Imaginó la piel de ella ardiendo contra la suya mientras la penetraba, y el pensamiento despertó hasta al último poro de su cuerpo. Retrocedió para contemplar sus dulces ojos azules, la suavidad de sus labios.

—Baila conmigo —le pidió con la voz empapada de deseo. No esperó a que ella respondiera: le tomó la mano y la guio al centro del Stone Room, donde se había improvisado una pista de baile haciendo a un lado las mesas.

La danza comenzó de modo bastante inocente, con las manos de Derick sobre las caderas de ella, que se contoneaba seductoramente al ritmo de la música. El pulso de él se aceleró al contemplar el sutil balanceo de sus pechos y las curvas acentuadas de su cintura. La imagen habitaría sus fantasías de aquella noche en adelante.

—¡Santo Dios! Qué sexy eres —le dijo.

Recorrió el brazo de Siobhan con la punta de los dedos y bajó hasta su mano, tomándola entre las suyas para darle un beso. Luego la hizo girar para que su trasero estuviera contra él. El contacto lo excitó aún más y ahogó un gemido, aunque no supo muy bien por qué. Ella seguía moviéndose, acalorada y con un ligero rubor cubriéndole toda la piel, y Derick supo que estaba disfrutando del baile tanto como él.

A pesar de estar rodeados de gente, él sintió que estaban solos, que la música lo ahogaba todo menos a ellos dos. Siobhan se frotó contra él, rozándole la entrepierna y provocando un incendio en sus entrañas. Sus manos recorrían cada centímetro que estaba a su alcance, y eventualmente

llegó hasta el hombro de Siobhan para apartarle un mechón de cabello y poder besar su cuello. Su piel se sentía caliente y estaba cubierta de una finísima capa de sudor. Derick quería más. Dios, la quería toda.

—Si me sigues acercando ese delicioso trasero, voy a acabar azotándolo —le advirtió. Ella soltó un sonido que era algo entre un gemido y una risa.

—¿Me lo prometes? —preguntó, sin separarse de él. Volvió la cabeza lo suficiente para que Derick pudiera besarla, pero esta vez el beso no fue lento ni gentil. Los dedos de ella se enredaron en el cabello de él mientras se devoraban ansiosamente. Siobhan sabía dulce, a fruta, a verano. Derick deslizó las manos por su liso abdomen, bajó hasta sus piernas y subió de vuelta. Y ella gimió cuando esos dedos tocaron la parte interna de sus muslos.

—¿Te gusta eso? —preguntó él.

—¿Por qué me haces preguntas tan tontas? —repuso ella en tono juguetón, excitándolo más.

—Porque me gusta escuchar las respuestas. Me gusta saber lo que provoco en ti —dijo él. Le besó el hombro desnudo y luego le levantó los brazos por encima de la cabeza—. Así que dime... ¿qué provoco en ti?

Siobhan giró para mirarlo sin dejar de moverse al ritmo de la música. Le rodeó el cuello con los brazos y apretó sus pechos contra él.

—¿Quieres saber? ¿Eh? —lo provocó. Derick asintió lentamente antes de unir su frente a la de ella—. Me vuelves loca —musitó, y Derick sonrió. Eso no era novedad. La expresión de ella se tornó más seria—. Me haces sentir cosas que no sabía que podría sentir —continuó, y él besó sus labios de manera fugaz—. Tú dominas mi mente y mi cuerpo.

— Quiero hacer eso ahora mismo —dijo él, su miembro estaba totalmente rígido apretándose contra ella. Siobhan se mordió el labio y llevó su mano hasta la de Derick para entrelazar sus dedos.

—Sígueme —lo condujo por un pasillo que cruzaba la cocina y terminaba en una puerta. Él entró tras ella y, sin detenerse ni un instante a mirar la oficina en la que estaban, la arrinconó contra la pared, lamiendo toda su piel con ardiente urgencia. Ella le respondió de inmediato. Dios, amaba eso: cómo el más mínimo contacto la encendía, haciéndola rogar por más.

—Necesito esto —le anunció Siobhan, sujetando el firme bulto de sus pantalones.

Derick contuvo el aliento, listo para estallar, y ella le desabrochó los pantalones con la otra mano, frotándolo por encima de los bóxers. Masajeó su

miembro y subió hasta llegar a la punta, que ya estaba húmeda de deseo. Los gemidos que salieron de su boca eran salvajes y desenfrenados y, por unos minutos, los dos fueron como unos adolescentes, acariciándose y tocando frenéticamente todo lo que sus manos podían alcanzar, como si nada fuera suficiente. Las manos de Derick llegaron hasta su trasero y le subieron el apretado vestido para tener contacto con su tersa piel.

La levantó del suelo con un ágil movimiento y la llevó hasta el enorme escritorio de caoba del centro del cuarto. Apartó un montón de papeles antes de que el cuerpo de ella hiciera contacto con la madera, y la acomodó frente a él. Cuando Siobhan volvió a acariciarle la entrepierna, Derick estuvo a punto de perder el control y la necesidad de vaciarse se volvió casi insoportable. Ella no dejó de mirarlo mientras se bajaba los bóxers, liberándose de la tela, y contuvo el aliento mientras sus manos se movían a través de sus muslos, atrayéndola hasta que la endurecida punta tocó el encaje de sus pantaletas.

Dios, cómo la deseaba. Podía sentir lo mojada que estaba, incluso a través de la tela, y los suaves jadeos y quejidos que emitía lo obligaron a apretarse contra ella hasta que no pudo aguantar más. La levantó del escritorio y la colocó boca abajo, presionando su miembro contra la tersa piel de su trasero.

—Dios, Derick, me encanta —gimoteó ella, doblada sobre el escritorio y aferrándose al borde con los dedos—, tómame, por favor —jadeó, empujándose contra él—, ya no puedo más.

Eso era lo único que él necesitaba escuchar antes de hacer a un lado su ropa íntima y penetrarla con fuerza, sintiendo la húmeda calidez de su interior acariciándolo desde adentro. Con cada golpe de sus caderas, la atraía hacia él, llegando más profundo hasta que prácticamente se había perdido en su interior.

Al mismo tiempo, la devoraba con los ojos, recorriéndola desde los músculos de los hombros y bajando hasta las curvas de sus caderas. Se retiró casi por completo y le dio una sonora palmada en el trasero. Siobhan no lo esperaba y pareció estremecerse al contacto, pero su gemido de satisfacción le indicó que lo había disfrutado.

Derick comenzó a moverse más rápido y de manera más salvaje con cada embestida. Podía sentir cómo su orgasmo se iba deslizando por su espina dorsal y supo que no podría detenerlo por mucho tiempo, especialmente al sentir cómo el vientre de ella se apretaba alrededor de su miembro a medida que se acercaba también.

—Tócame —dijo Siobhan, su voz era suave, una tímida súplica para que él le diera lo que deseaba. Y él estaba más que dispuesto. Le rodeó la cadera con la mano hasta que sus dedos llegaron a su destino y comenzó a moverlos de manera circular sobre su sexo, causando que todo el cuerpo de ella se estremeciera.

—Sí, sí, así —musitó ella entre jadeos al tiempo que se frotaba, ansiosa, contra la mano de él.

Él la arremetió algunas veces más antes de que Siobhan soltara un apasionado grito y perdiera el control de su cuerpo, que temblaba de placer. Entonces él, al fin, pudo dejarse ir, golpeándose contra ella desenfrenadamente hasta que estalló, pulsando dentro de ella mientras la llenaba. No había tenido un clímax tan poderoso en mucho tiempo, y sus piernas estuvieron a punto de doblarse. Antes de salirse, le dio a Siobhan un ligero beso en la mejilla.

—Deberíamos volver allá afuera —susurró—, las chicas se van a preguntar qué estamos haciendo.

Las comisuras de los labios de Siobhan se curvaron en una sonrisa.

—Creo que se lo imaginan —dijo. Y él sonrió también.

Capítulo 22

Siobhan sintió que Derick la abrazaba más estrechamente y hundía la nariz en su cabello. Entonces se contoneó contra él.

—O sea que ya estás despierta —dijo él, sonriente. Ella giró para mirarlo y recorrió su pecho con una mano.

—Sí —asintió, y le dio un beso en los labios—. Ayer en la noche estuvo divertido.

—¿Qué parte? —preguntó él.

—Todas las partes.

—Así me gusta —ronroneó Derick, acercándose a su pecho y dejando besos en la línea de su mandíbula. Siobhan suspiró, nostálgica.

—Se me había olvidado lo divertido que puede ser Nueva York —confesó, y Derick se alejó para mirarla.

—Hemos pasado buenos momentos aquí.

—Ciertamente —dijo Siobhan, sin agregar “Y muchos malos ratos”, aunque se preguntó si a Derick también le había pasado por la cabeza.

—Deberíamos quedarnos.

—¿Qué? —saltó ella, y su cuerpo entero se erizó. Él movió una mano hasta sus costados y comenzó a hacerle cosquillas, haciéndola reír y retorcerse.

—No me refería a eso. Deberíamos quedarnos unos días más, hacer algunas de las cosas que no hicimos antes —explicó Derick.

Ella guardó silencio por un instante. “Antes” era una palabra muy cargada de recuerdos y emociones: antes de que ella lo dejara, antes de que huyera de Nueva York, antes de que se perdiera y tuviera que irse a Detroit a redescubrir quién era, antes de darse cuenta de que amar y ser amada por Derick era algo que no quería dejar ir jamás.

—Está bien.

—¿De verdad? —preguntó Derick, sorprendido.

—Sí, ¿por qué no? No tengo ninguna prisa por volver, así que si tú tienes el tiempo, puedo quedarme.

—Excelente —y sonrió con los labios unidos a los de ella. Acto seguido sus manos comenzaron a hacer de las suyas y ella no pudo evitar soltar un gemido. Se frotó contra él, sintiendo la creciente erección contra su estómago, y enredó una de sus piernas alrededor de las caderas de Derick, intentando acercarse más. Y justo cuando lo tenía donde quería, sonó su teléfono.

—¿De verdad vas a contestar? —musitó ella en su oído.

—Ni loco —replicó él antes de chupetear la piel de su cuello. El sonido se detuvo unos instantes sólo para comenzar de nuevo. Siobhan se dejó caer de espaldas, resignada.

—Será mejor que contestes.

Derick suspiró y se estiró para tomar el teléfono del buró. Miró la pantalla y se sentó como impulsado por un resorte.

—De hecho sí, tengo que contestar —anunció, mirando a Siobhan de reojo.

—Está bien —dijo ella, alargando la frase mientras lo miraba levantarse y caminar hacia la puerta de la recámara. Frunció el ceño. No recordaba ninguna otra ocasión en que él hubiera evitado tomar una llamada frente a ella. Lo escuchó saludar a la persona del otro lado de la línea antes de salir del cuarto, cerrando la puerta tras él.

Capítulo 23

—Siento mucho molestarlo, señor Miller, pero tenemos un pequeño problema.

Derick puso los ojos en blanco y respiró hondo.

—No te preocupes, Liza. ¿Qué pasa?

—Los trabajadores que usted contrató no se presentaron. El proyecto no está cerca de estar listo y se nos está acabando el tiempo.

Derick se pellizcó el puente de la nariz. Esto era lo último que necesitaba ahora, en especial con Siobhan en el cuarto de al lado.

—¿Sabes de alguien más que pueda concluir el trabajo? Los costos no importan. Necesito que esté listo ya. Lo necesitaba ayer.

—Puedo hacer algunas llamadas –sugirió Liza.

—Muy bien. Diles que hay un bono especial si ven este proyecto como su prioridad.

—Como usted diga.

—Mándame un correo con la información de la empresa nueva –dijo Derick.

—Así lo haré. Que disfrute su día, señor Miller.

—Igualmente.

Derick cortó la llamada y lanzó el teléfono al sofá. Cerró los ojos, intentando sacar la molestia fuera de su cuerpo. Cuando estuvo calmado, volvió a la recámara y se encontró con una Siobhan de aspecto confundido. ¡Diablos!

—¿Todo bien? –preguntó ella, recelosa, y él deseó poder desvanecer esa desconfianza con la verdad, pero no era una opción, definitivamente.

Derick volvió a meterse en la cama luciendo una exagerada sonrisa.

—Sí, todo bien. Problemas con la aplicación que estoy desarrollando. A

los creativos les encanta el drama.

Siobhan asintió, pero sus movimientos eran lentos y mecánicos. Lo último que él quería era que Siobhan dudara de él, así que tendría que distraerla de aquel asunto por cualquier medio necesario. La atrajo y ella se dejó arrastrar hasta quedar encima de su musculoso cuerpo.

—¿En qué nos habíamos quedado? —preguntó Derick, y ella le hizo un guiño.

—No me acuerdo...

Derick abrió mucho los ojos, fingiendo ofenderse.

—¿Tan fácil soy de olvidar? —se quejó. Ella sonrió y le acarició la mejilla.

—Nada tuyo es fácil de olvidar.

Sabiendo que sus palabras sólo arruinarían el momento, Derick procedió a enredar sus manos en la larga cabellera y a buscar los labios de Siobhan. No había urgencia en ese beso; sus lenguas danzaron pausadamente y el silencio sólo se interrumpía por breves momentos aderezados de dulces suspiros.

Derick rodó para poner a Siobhan debajo de él y después le atrapó las manos y las inmovilizó sobre su cabeza.

—Déjalas aquí. Voy a explorar cada centímetro de tu cuerpo con la lengua y no quiero que me distraigas.

Siobhan gimió su consentimiento, su cuerpo se agitaba mientras los dedos de Derick trazaban caminos por su piel. Él le mordisqueó el cuello y bajó hasta su clavícula para plantarle un húmedo beso. Sus grandes manos le masajearon los pechos antes de que su lengua encontrara sus pezones, y los acometiera a lengüetazos, provocando que su espina dorsal se arqueara, buscando su boca. Él succionó las erguidas cumbres y Siobhan jadeó, cerrando los ojos.

—Ay, Derick, quiero... —dijo entre jadeos. Él levantó un poco la cabeza.

—¿Qué quieres, Siobhan? Dime.

—Más...

—¿Más de esto? —preguntó él, volviendo a cerrar los labios alrededor de uno de sus pezones mientras le acariciaba el otro con la mano.

—Más de todo —gimoteó ella, sintiéndolo sonreír sobre su piel.

—No te preocupes, preciosa. Sé perfectamente lo que quieres — le aseguró, sin dejar de tocarla. Su lengua descendió entre sus pechos hasta su ombligo y besó la erizada piel de los alrededores, pero no se quedó por mucho tiempo. No era ahí donde ella lo deseaba.

Cuando llegó a su sexo, no perdió ni un segundo y comenzó a probarla con rápidos movimientos de su lengua. Al sentirse acariciado en su parte más sensible, el cuerpo entero de Siobhan se endureció y sus puños se cerraron alrededor de la almohada.

Derick escuchó las suaves afirmaciones de placer que pasaron por sus labios antes de perderse entre suspiros y gemidos. Entonces se dedicó a lamer sus pliegues, percibiendo la respuesta de su cuerpo y sabiendo que su orgasmo comenzaba a formarse en lo más profundo. Quería que terminara en su lengua. Quería verla perder el control.

—Estoy... muy cerca —siseó y él, como respuesta, deslizó la mano por su muslo hasta llegar a su sexo. Arrastró su pulgar arriba y abajo un par de veces antes de introducirlo en la húmeda hendidura, que pulsaba de deseo. Siobhan soltó un áspero grito y él la consumió con su boca más intensamente, mientras su dedo entraba y salía de ella cada vez más rápido.

Siobhan se sacudió, esforzándose por respirar. Entonces se quedó muy quieta por unos segundos y luego su cuerpo se estremeció de pies a cabeza. Él continuó lamiéndola, prolongando sus convulsiones.

Cuando al fin se hundió en el colchón, rendida, Derick le dio un último suave beso antes de subir por su cuerpo. Ella sujetó su cabeza con las manos y le acarició el cabello mientras él se acomodaba entre sus piernas. Estaba tan excitado que no iba a tardar mucho en terminar.

Se empujó dentro de ella con las manos aferradas a sus caderas para atraerla con cada embestida.

—Sí. Hazlo dentro de mí, Derick.

Esas palabras eran lo único que necesitaba. La penetró profundamente una última vez, su vientre pulsaba mientras se derramaba dentro de ella, y sintió que los músculos de Siobhan lo apretaban mientras ella tenía un segundo orgasmo. Se movió sin prisa unas cuantas veces, uniendo sus labios con los de Siobhan, besándola sin tregua, poniendo en el intercambio todo el amor que sentía por ella.

Cuando sus besos se tornaron perezosos y sus respiraciones volvieron a la normalidad, Siobhan buscó sus ojos y sonrió.

—Una cosa sí puedo decir de Nueva York: el sexo que tenemos aquí es épico.

Derick también sonrió y entrelazó sus dedos con los de ella.

—En mi opinión, tenemos sexo épico en todas partes —comentó él. Ella se

incorporó para besarlo de nuevo, y la sonrisa en sus labios dejaba claro que estaba totalmente de acuerdo.

Capítulo 24

Siobhan se estiró para alcanzar los brazos que Derick le tendía. Se sacudió el hielo del trasero con una mano y con la otra se sujetó de él hasta ponerse de pie una vez más. Era una rutina que había perfeccionado durante la última media hora, mientras Derick intentaba enseñarle a patinar en hielo. Pero aquella sería la última ocasión que intentaría avanzar sin sujetarse de él. Miró a las personas que patinaban a su alrededor, muchas de ellas eran niños.

—Siento que patinar en hielo es una de esas cosas que no puedes aprender después de cierta edad. Como estudiar un nuevo idioma o algo así —dijo. Derick inclinó la cabeza a un lado, divertido, y patinó hacia atrás, guiando a Siobhan por el hielo.

—Claro que no. Cualquiera puede aprender a patinar. Es como andar en bici.

Siobhan se enderezó, logrando mantener el equilibrio momentáneamente.

—Ni se te ocurra soltarme de pronto, sin avisar. Mi papá hizo eso cuando estaba aprendiendo a andar en bici y cuando me di cuenta de que ya no estaba deteniéndome, me distraje y acabé partiéndome la cabeza contra el pavimento del estacionamiento de la iglesia donde estábamos practicando.

—¿En serio? —preguntó Derick, echando un vistazo atrás para asegurarse de no chocar contra alguien. Siobhan asintió.

—Así fue que me hice esto —dijo, y estuvo a punto de soltar la mano de Derick para mostrarle la pequeña cicatriz que tenía en la frente, pero se arrepintió.

—Te enseño luego —dijo entre risas. Derick le apretó las manos con más fuerza y sonrió.

—Prometo que no voy a soltarte.

Sus palabras la tranquilizaron, y no sólo porque no la dejaría sola en

aquella resbalosa trampa mortal, sino porque le gustaba la idea de Derick aferrándose a ella para siempre.

—No quiero traumar a todos los niños que tendrían que patinar encima de tu sangre —dijo Derick, y Siobhan rio a carcajadas. Se deslizaron por unos minutos más y él preguntó—: ¿Me odias por haberte traído aquí?

Siobhan entrecerró los ojos.

—Voy a vengarme esta noche —amenazó, pero la verdad era que, a pesar de haber caído varias veces frente a un montón de extraños, se la estaba pasando muy bien. Le alegraba que Derick la hubiera llevado a patinar a Rockefeller Center. Se había ido de Nueva York sin hacer muchas de las cosas que la ciudad tenía para ofrecer.

Eventualmente, Siobhan permitió que Derick le soltara una mano para poder patinar junto a ella. Aunque se movían lentamente, las piernas de Siobhan se tambaleaban tras tanta tensión y esfuerzo.

—¿Qué sigue? —preguntó con curiosidad. Derick no le había compartido sus planes porque quería que el recorrido fuera una sorpresa. El día anterior la elección había sido de ella: el museo Guggenheim, la Pequeña Italia y el Russian Tea Room.

—¿Te rindes? ¿Tan pronto? —preguntó él, señalando los patines.

—Será mejor que pare, antes de romperme algo.

—Me parece justo —asintió Derick—, y no estuviste tan mal. Gracias por probar.

Siobhan le soltó la mano cuando estuvieron cerca de la orilla de la pista. Una sensación de profundo alivio la inundó cuando sus patines tocaron suelo firme y no resbaloso.

—Me divertí. La verdad es que fue mucho mejor de lo que esperaba —dijo. Se sentaron en una banca a quitarse los patines y ponerse los zapatos—. Y gracias por no rentar la pista entera para darme una clase privada o algo así. Lo último que necesitaba era que la gente de los restaurantes me viera cayéndome, una y otra vez, como un niño de dos años aprendiendo a caminar.

—¿Sabes? La verdad es que sí consideré rentarla —rio Derick—, pero es Rockefeller Center. La experiencia no estaría completa sin toda la gente girando a tu alrededor.

Siobhan asintió, sonriente. ¿Estaría ahí de vuelta dentro de unas semanas? ¿Vería el árbol de Navidad iluminarse este año? ¿Y el siguiente? ¿Seguiría en

aquella relación a larga distancia con Derick dentro de un año? No podía imaginar la vida sin él, ciertamente. Pero no podían continuar así de manera indefinida, con Derick volando hasta Detroit cada que tenía oportunidad y Siobhan visitando Nueva York de cuando en cuando. Sacudió la cabeza para ahuyentar sus preocupaciones: en ese momento no quería pensar en eso.

—¿Tienes hambre? —preguntó Derick, tomándola de la mano.

—Podría comer —replicó ella. Habían desayunado juntos esa mañana, pero no habían comido nada desde entonces y ya eran las dos de la tarde.

El trayecto en metro tomó unos minutos y caminaron una cuadra más hasta el lugar que Derick había sugerido. Era una cafetería que servía comida mexicana auténtica, incluyendo postres especiales: helado hecho en casa, chocolate y churros rellenos de caramelo, vainilla y canela. Después de comer, Derick pidió varios churros y dos tazas de chocolate caliente. Llevaron todo al bar con vista a la calle y disfrutaron de la variedad de sabores mientras conversaban.

Siobhan miró a través de la ventana y atisbó al reflejo de sí misma en el cristal. Había olvidado cuánto le gustaba observar a la gente, sobre todo cuando recién se había mudado a Nueva York y no estaba acostumbrada a una ciudad tan acelerada y con tantos habitantes. Solía preguntarse cuál sería la historia de cada persona, por qué tenían siempre tanta prisa y no se daban la oportunidad de detenerse y apreciar la ciudad que los rodeaba.

Señaló a una mujer de mediana edad que se acomodaba el canoso cabello hacia atrás.

—¿Cuál crees que sea su historia? —le preguntó a Derick.

—¿Su historia?

—Sí, a dónde irá, a qué se dedicará. Ese tipo de cosas.

La mirada de Derick se iluminó.

—¡Ah! Me gusta este juego —exclamó, y aunque la mujer ya no estaba a la vista, dijo—: Yo creo que va a comprar comida para gatos. Sólo tiene suficiente para alimentar a seis y no quiere que los otros tres pasen hambre.

—¿Qué malvado! —recriminó Siobhan, dándole un codazo juguetón.

—Malvado ¿por qué? Más malvado sería dejar que murieran de hambre —replicó, haciéndola reír a carcajadas—. ¿Tú qué crees que hacía?

Siobhan recordó el paso apresurado de la mujer y la fatiga en sus ojos.

—Creo que va tarde para su turno en el hospital. Es enfermera, trabaja muchas horas. Ha visto cosas que no puede borrar de su mente y eso la ha

envejecido –declaró. Su mirada permaneció fija a la distancia, pero podía sentir los ojos de Derick sobre ella.

—¡Guau, qué historia tan alegre! –opinó él. Siobhan rio, resopló por la nariz, y volvió a mirarlo.

—Te toca escoger a alguien –le dijo.

Derick estudió a la gente que pasaba frente al restaurante y señaló a un *hipster* de apariencia demacrada que traía unos jeans ajustados y una camisa floral que parecía haber sido confeccionada con una cortina vieja.

—Ese hombre.

Siobhan lo analizó por un momento.

—Creo que va corriendo a una tienda para comprarle a su novia un regalo de aniversario de último momento porque acaba de enterarse de que los seis meses se celebran –aventuró Siobhan—. ¿Tú qué opinas?

—¿Novia? No hay manera de que ese tipo tenga novia. Creo que va a comprar un espejo para, al fin, saber cómo se ve cuando se viste cada mañana –dijo Derick, sarcástico, y Siobhan rio.

—No había hecho esto desde mis primeros días en Nueva York.

—Yo no había hecho esto *nunca* –dijo Derick.

—Bueno, nunca decía mis predicciones en voz alta. Sólo pasaba un rato imaginándome cómo sería la vida de la gente de aquí. Porque siempre quise ser neoyorquina, supongo.

Pero en algún momento, la realidad de vivir en “La ciudad que nunca duerme” se había hecho tangible y Siobhan había llegado a comprender demasiado bien cómo era ese estilo de vida tan acelerado y abrumador. Eventualmente, aunque no recordaba el momento exacto, se había dejado de preguntar por las historias de los demás. Quizá porque había comenzado a escribir la suya.

Siobhan era una chica que, como muchas otras personas que habían venido a Nueva York y dejaron atrás lo que eran para descubrir en quién deseaban convertirse: actores, músicos, modelos, escritores, bailarines, pintores... No le había tomado mucho tiempo darse cuenta de que todos los que llegaban a la Gran Manzana traían lo mismo consigo: un inquebrantable optimismo respecto a que no serían una estadística más, que podrían hacerse un nombre en aquel lugar en donde tantos otros fracasaban. Porque, si no, ¿se mudarían a los diminutos departamentos cuyas rentas costaban más que la hipoteca mensual de una casa suburbana de tres recámaras?

Siobhan comió el último bocado del postre y Derick arrasó con el resto. Tiró la basura y detuvo la puerta para que Siobhan saliera de la cafetería. Decidieron caminar las tres cuadras que los separaban de Central Park. El zoológico sería su última parada antes de volver al departamento de Derick.

Andaban con paso rápido, decidido, cosa que a Siobhan le hacía sentir como una neoyorquina verdadera, siempre con la misión de llegar a algún lugar. O de escapar de algún otro. Los sonidos le eran muy familiares: tacones golpeando el concreto, las conversaciones que se fundían hasta convertirse en un barullo indescifrable, el ocasional golpe de un puño sobre el cofre de un taxi cuando un peatón intenta cruzar la calle.

Una brillante luz naranja se colaba entre los edificios, delineando sus siluetas contra el cielo otoñal. Siobhan conocía bien este momento: las últimas horas de luz antes de que el sol se ocultara y la ciudad despertara con sus luces de neón y el murmullo eterno del jazz o el blues saliendo de algún bar frecuentado por habitantes locales.

Se había ido por unos meses, se había mudado a una ciudad que ahora amaba y que, sobre todo, la amaba a ella. Pero tras unos cuantos días en Nueva York, podía sentir el pulso de la ciudad corriendo por sus venas como una criatura que despertaba de nuevo, llenándola de vida.

La última vez que estuvo en el parque fue para dar una de sus clases de pintura. Ahora que lo pensaba, no había tenido la oportunidad de disfrutarlo de verdad en ningún otro momento: siempre había estado trabajando. Ella y Derick aminoraron el paso al entrar y todo se veía diferente de cómo Siobhan lo recordaba.

—¡Qué bonito se ve en el otoño! —exclamó, lamentando no tener sus materiales de pintura para poder capturar la belleza del parque.

La sonrisa de Derick resplandeció en sus ojos cuando afirmó:

—Es perfecto.

Siobhan no podía apartar la mirada del paisaje, intentando absorber todo lo que se había perdido cuando vivía ahí.

—Sí que lo es —coincidió.

Capítulo 25

Derick observaba a Siobhan mientras guardaba sus cosméticos en su maleta y la cerraba. Caminó hasta ella para acompañarla de la cama a la puerta, con el resto de su equipaje.

—Pues... es todo —dijo Siobhan.

—Parece que sí —respondió él, tristemente.

Siobhan acortó la distancia que los separaba y le rodeó la cintura con los brazos.

—Fue un buen viaje —dijo ella, con la mejilla apoyada en su pecho. Derick le acarició la espalda de arriba abajo.

—Muy bueno. Aunque la verdad es que siempre me la paso bien contigo, estemos donde estemos —replicó Derick.

Ella le dio una palmada en el trasero.

—Adulador.

Derick le dio un casto beso en la cabeza y le dijo:

—Siempre.

Se separaron lentamente y Derick metió las manos en los bolsillos para resistir la urgencia de volver a abrazarla y no dejarla ir.

—¿Dónde vas a encontrarte con las chicas?

—En un restaurante en el centro. Les dije que tenía que verlas a las once y media para llegar puntual al vuelo. Tengo tiempo suficiente, ¿no?

—Sí. El jet está agendado para despegar a las cuatro, así que llegas bien. De todas formas, no creo que el capitán tenga problema en esperar unos minutos si uno de sus dos pasajeros no ha llegado —dijo Derick, guiñándole un ojo mientras caminaba hasta la silla de la que colgaba su saco—. Para la una de la tarde, mi junta ya debió haber terminado, así que estaré ahí esperándote.

—Excelente —dijo ella—, así es como más me gustas: esperándome.

—Siempre voy a esperarte.

Siobhan sonrió y Derick no pudo resistir darle un último beso en los labios. Después volvió a la mesa por sus llaves y su cartera, y se encontró con que Siobhan acariciaba el respaldo del sillón con una mano, distraída.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Lo extrañas?

Derick frunció el ceño, confundido.

—¿Qué cosa?

—Vivir aquí. De tiempo completo, quiero decir. Estar viajando de ida y vuelta debe comenzar a cansarte.

Derick guardó silencio mientras consideraba cómo debía contestarle y, tras soltar un pequeño suspiro, decidió que la verdad era lo mejor.

—No me fascina estar volando de ida y vuelta, pero me fascinas tú. Te amo, así que lo vales. Lo que sea necesario para tenerte conmigo vale la pena.

Siobhan lo miró por unos instantes.

—Digamos seis meses —dijo. Él arqueó las cejas, esperando que ella concluyera—. Cuando hayamos cumplido seis meses juntos, volveremos a hablar de regresar a Nueva York.

Derick no pudo evitar que la sorpresa inundara su rostro mientras la miraba, inmóvil. Tenía un millón de preguntas: ¿Estaba segura? ¿No amaba Detroit? Él no la estaba presionando, ¿o sí? ¿Sería feliz en Nueva York? ¿Acaso dudaba de que llegarían a los seis meses? Pero lo único que salió de sus labios fue:

—Está bien.

Capítulo 26

—Ahh, este lugar está demasiado lleno —dijo Cory.

Siobhan se puso de puntitas para asomarse al vestíbulo del restaurante que habían elegido para su almuerzo de despedida y calcular cuánto más tendrían que esperar a que les asignaran una mesa.

—Quizá deberíamos ir a otro lado —sugirió—, tengo que encontrarme con Derick en el aeropuerto a las tres.

—A dos cuadras de aquí hay un lugar al que he ido un par de veces —dijo Marnel—. No es muy elegante que digamos, pero la comida es buena.

—Por mí está bien —dijo Blaine, encogiéndose de hombros. Las demás chicas asintieron y al enfrentarse al gélido viento neoyorquino, cerraron sus abrigos y comenzaron a caminar.

—¿Estás emocionada de volver a casa? —preguntó Cory.

—Supongo que sí, aunque me encantó la visita. Cuando me fui de Nueva York estaba muy mal emocionalmente; se me había olvidado lo increíble que puede ser esta ciudad —respondió Siobhan.

Se sentía abrumada por los últimos días: aunque no se atrevía a admitirlo, la ciudad la había hecho sentir mucho más como en casa de lo que esperaba, y la idea de mudarse ahí con Derick no le parecía ni tan lejana ni tan poco atractiva como antes.

—Ah, al fin abrirán ese local. Ha estado vacío por mucho tiempo —comentó Blaine, señalando al otro lado de la calle. Siobhan echó un vistazo superficial a la fachada recién renovada. Y después volvió a mirar. Se detuvo tan abruptamente, que apenas notó que Marnel venía detrás de ella.

—Oye, cuidado, nena —bromeó Marnel, alcanzando a esquivarla.

Siobhan cruzó la calle a toda prisa y se acercó al ventanal. No podía ser. Sintió una mano en su hombro.

—¿Siobhan? ¿Qué pasa?

Las voces le sonaban imposiblemente lejanas y no habría podido distinguir quién había hablado. Era incapaz de desviar la mirada del cristal.

—Las pinturas —dijo para sí misma. El reflejo de Cory apareció junto al suyo en la ventana.

—¿No te gustan? A mí me parecen increíbles —comentó.

Siobhan tragó saliva y al fin fue capaz de parpadear y dirigir la mirada hacia Cory.

—Son mías.

Capítulo 27

No podía ser. Tenía que haber una explicación. Y eso era exactamente lo que Siobhan quería averiguar cuando abrió con brusquedad la puerta de la galería y entró.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Las chicas la siguieron al interior, pero permanecieron unos pasos atrás, brindándole todo su apoyo al tiempo que le permitían lidiar con el asunto. Cualquiera que fuera.

—Un segundo —dijo una voz femenina desde la parte trasera.

Mientras tanto, Siobhan recorrió el espacio con la mirada. Sus pinturas estaban acomodadas al frente y el resto del espacio estaba ocupado por piezas de otros artistas. Las austeras paredes blancas eran el fondo perfecto para la colorida colección frente a ella.

Su inspección fue interrumpida por una mujer de corta estatura y cabello rubio hasta los hombros. Parecía rondar los treinta años de edad y se acercó, tendiéndole la mano.

—Hola, bienvenida a la galería El Diamante Perdido. Soy Liza. ¿Puedo ayudarle en algo?

Siobhan le estrechó la mano rígidamente. Nada de aquello tenía sentido. Siobhan ni siquiera conocía a esa mujer.

—¿De dónde salieron las pinturas que tiene al frente? —preguntó. La sonrisa de Liza perdió su calidez, probablemente en respuesta al áspero tono de Siobhan.

—Tengo entendido que pertenecen a la colección privada del dueño.

—¿Usted no es la dueña?

—No, soy la curadora provisional a cargo de la inauguración —explicó Liza.

—¿Podría decirme quién es el dueño?

—Claro, su nombre es Derick Miller.

—Dios mío —musitó Siobhan y, detrás de ella, sus amigas jadearon al unísono. Liza parecía confundida.

—¿Lo conoce? —quiso saber.

Siobhan inhaló profundamente, intentando contener las lágrimas que estaban por brotar de sus ojos.

—No, no lo conozco para nada —declaró, y girando sobre sus talones, se dirigió a la puerta. Pero antes de salir, se detuvo y volteó a ver a Liza—. Usted dijo ser la curadora provisional, ¿cierto? ¿Quién es el curador permanente?

Los ojos de Liza inspeccionaron a las chicas, con curiosidad.

—Se trata de una mujer —replicó—, de nombre Siobhan. Siobhan Dempsey.

Capítulo 28

Derick caminaba nerviosamente de un lado al otro junto a su jet. Sus nudillos estaban blancos debido a la fuerza con que apretaba el teléfono celular mientras escuchaba, una vez más, cómo su llamada era redirigida al buzón de voz. Se trataba del sexto mensaje que dejaba.

—Siobhan. Otra vez yo. Me estoy empezando a poner *muy* nervioso. Háblame en cuanto oigas esto.

Derick cortó la llamada y miró la pantalla, maldiciéndose en silencio por nunca haberse tomado la molestia de pedirle a alguna de las chicas su número. Siobhan había dicho que se encontraría con él a las tres. Ya eran las tres cuarenta y cinco. ¿Dónde demonios se había metido?

La impotencia no era una emoción a la que Derick estuviera acostumbrado. No sabía cómo manejarla. Se sentía consumido por una furia irracional hacia ella: ¿por qué lo hacía pasar por esto? Llamó de nuevo. Esta vez, la llamada entró, aunque Siobhan en principio no dijo nada. Él se apresuró a llenar el silencio con sus palabras.

—¿Siobhan? ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Al no escuchar respuesta y percibir sólo el sonido de su respiración al otro lado de la línea, su pánico creció.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿Qué pasa? —gritó.

Entonces escuchó una amarga carcajada. Y el motivo de su preocupación cambió por completo.

—Por favor háblame —susurró.

—¿Hablarte? ¿Para qué? ¿Qué vas a decir?

La voz de ella parecía temblar de cólera y, al mismo tiempo, titubear de tristeza. La preocupación de Derick se volvió un miedo puro, que lo dejó mudo e inmóvil. Siobhan rompió el silencio.

—Creía que ya habíamos dejado estas tonterías atrás, pero tú nunca podrás hacerlo, ¿eh, Derick?

—Siobhan, no sé cuál es el problema, pero por qué no vienes al aeropuerto y entonces...

—No voy a ir al aeropuerto. Ni ahora ni nunca. Se acabó, esta vez para siempre.

La llamada se cortó y lo único que Derick pudo hacer fue mirar hacia la desolada pista mientras se preguntaba por qué estaba ahí solo. Otra vez.

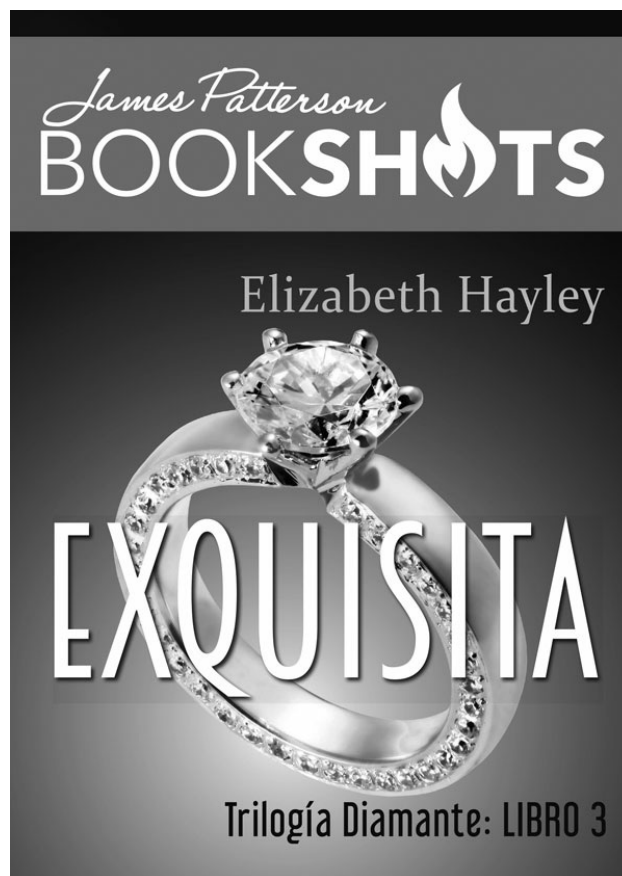
Elizabeth Hayley son en realidad “Elizabeth” y “Hayley”, dos amigas que han llevado su amor por las novelas románticas al nivel de la obsesión. Esta pasión las llevó a sacar provecho de sus estudios de literatura inglesa en la escritura de sus propias novelas.

¿Quieres saber cómo acaba?

“POR FAVOR, NO ME DEJES CAER”

Desde que Siobhan Dempsey se ha convertido en una artista exitosa, está lista para comenzar una vida en Nueva York con el amor de su vida, el multimillonario Derick Miller. Pero su relación ha sido una montaña rusa que ha empujado a Derick demasiado lejos.

¿Siobhan será capaz de recuperar a su alma gemela?



Lee el adelanto de *Exquisita*, el último libro de la Trilogía Diamante, disponible en:

James Patterson
BOOKSHOTS

Capítulo 1

Siobhan dejó escapar una frustrada exhalación y lanzó su teléfono dentro de su bolsa. Las chicas intercambiaron miradas cautelosas, como si la pregunta incorrecta pudiera quebrar a su amiga por completo. Tras unos momentos de silencio, Blaine se atrevió a hablar:

—¿Qué dijo? —preguntó en voz baja.

Siobhan se dejó caer en el sofá de Cory y miró al techo.

—Nada. ¿Qué puede decir? Ni siquiera le di la oportunidad de hablar —respondió. Recorrió los rostros de sus amigas con la mirada y vio la preocupación marcada en ellos—. Sólo contesté para que dejara de llamar.

—¿Crees que sepa que no vas a ir al aeropuerto? —preguntó Marnel—, ni siquiera mencionaste la galería.

—Es un idiota, pero no puede ser tan tonto. Debe saber que descubrí lo de la galería. ¿Qué otra razón tendría yo para actuar así? —dijo, y apoyando los codos en sus rodillas, descansó la barbilla sobre sus manos, pensativa.

—¿Y sabes qué? —se oyó decir y percibió cómo su propia voz sonaba más enojada—, no me interesa lo que él sepa o ignore. Ya fue suficiente de preocuparme por lo que él siente; porque a él, claramente, le importa un bledo lo que yo siento. Si le interesara no me habría comprado una maldita galería sin siquiera hablar conmigo al respecto —declaró, poniéndose de pie. Se dirigió a la cocina de Cory—. ¿Tienes algo para tomar?

—Hay té helado en el refrigerador...

Siobhan se volvió a mirarlas. Su expresión debió dejarles muy claro que el té helado no sería suficiente, dadas las circunstancias.

—...y vodka en el congelador —agregó Cory. Siobhan sacó la botella y se las mostró.

—¿Alguien quiere un poco?

Las chicas negaron con la cabeza.

—Pues será fiesta para uno —farfulló Siobhan, cerrando el congelador y volviendo a la sala con la botella en la mano. Le quitó la tapa y se dejó caer en el sofá. Sus ojos miraron al frente unos instantes, antes de llevarse la botella a los labios y darle un largo sorbo—. No puedo creerlo, pensé que cambiaría negó con la cabeza—, o que había cambiado, más bien. Sabía perfectamente cómo reaccionaría yo y compró la estúpida galería de todas maneras. Y lo peor de todo: lo mantuvo en secreto. ¿Iba a vender mis cuadros así nada más, como si no significaran nada para él? Ni siquiera necesita el dinero, por Dios. Nada de esto tiene sentido.

Siobhan sabía que estaba monologando de manera incoherente, pero no le importaba. Necesitaba desahogarse, expulsar sus pensamientos. Marnel se acercó a ella en el sofá y la envolvió en un abrazo.

—Lo siento mucho —dijo, sin ahondar, pero Siobhan supo lo que quería decir. Sentía mucho que las cosas no funcionaran con Derick. Sentía mucho que él siguiera cometiendo los mismos errores. Sentía mucho que la hubieran lastimado. Siobhan también lo sentía, mucho.

—Esta mañana, literalmente, le dije que si las cosas seguían bien entre nosotros por seis meses, consideraría volver a Nueva York. ¡Esta mañana! Y entonces arruina todo otra vez.

—Bueno, lo había arruinado desde antes, para ser precisos —dijo Blaine—, sólo que tú no lo sabías.

Siobhan le lanzó una mirada gélida.

—Perdón —musitó Blaine, arrepentida. Estiró la mano para que Siobhan le pasara la botella de vodka—. No puedo verte bebiendo sola en plena luz del día, como una alcohólica. Es demasiado triste —y llevándose la botella a la boca, le dio un trago antes de devolvérsela a su amiga.

—Si te queda el saco... —dijo Siobhan, encogiéndose de hombros.

Cory se levantó y volvió de la cocina con cuatro vasos. Le arrebató la botella a Siobhan y le sirvió un shot doble a cada una.

—Al demonio. Todavía no almorzamos: será un almuerzo líquido —declaró. Marnel levantó su vaso.

—De acuerdo. Para cuando lleguemos a trabajar, ya estaremos sobrias de nuevo.

—O no —opinó Blaine, dedicándole a Siobhan una sonrisa reconfortante que le hacía saber que contaba con ellas cuando las necesitara—. ¿Qué va a hacer Saúl? ¿Despedirnos a todas antes de que comience el turno?

—Más bien creo que esperaría a la hora del cierre —comentó Cory, haciendo reír a Siobhan, por primera vez desde su descubrimiento de la galería—. Sabía que tenías una sonrisa guardada.

—Y entonces... ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Marnel.

—Voy a terminarme esto —replicó Siobhan, sintiéndose un poco más fuerte que antes—, mañana volaré de vuelta a casa, en Detroit, y seguiré con mi vida como si nada de esto hubiera pasado.

—Parece un plan sólido —aprobó Blaine, asintiendo y levantando su vaso para animar a las demás a hacer lo mismo—. ¡Por Detroit!

—¡Por Detroit! —repitieron Siobhan y Cory, chocando sus vasos.

—No —opinó Marnel, negando con la cabeza—. ¡Por Siobhan!

—¡Por Siobhan! —concordaron Blaine y Cory. Y por segunda vez desde que llegaron a casa de Cory, Siobhan sonrió.

Capítulo 2

Quitándose los audífonos de las orejas, Siobhan miró a su alrededor en la terminal. Juraría haber oído su nombre en el altavoz. Se colgó su bolsa al hombro y arrastró su maleta hasta el pequeño escritorio junto a la sala de abordaje.

—Disculpe, ¿me llamaron? —preguntó. La mujer levantó la mirada de la pantalla de su computadora y se acomodó el sedoso cabello negro detrás de la oreja.

—¿Siobhan Dempsey?

Siobhan asintió. “No te atrevas a decirme que este vuelo está sobrevendido y que si puedo tomar el siguiente”, pensó. La mujer metió las manos debajo del mostrador y sacó un sobre manila.

—Esto es para ti —y se lo entregó.

Siobhan frunció el ceño, confundida.

—¿Qué es?

—No tengo idea —replicó la mujer, negando con la cabeza al tiempo que se encogía de hombros.

—Bueno, gracias —dijo Siobhan, y volvió a sentarse en la sala de espera. Dejó su bolsa en la silla vacía de al lado y abrió el sobre para sacar las hojas que había dentro. Bastó un vistazo rápido para comprender de qué se trataba —. ¡No lo puedo creer! —murmuró, y resopló llena de irritación. Estudió los papeles con cuidado, comprobando que eran lo que creía, luego los metió de vuelta en el sobre y lo guardó en su maleta de mano.

Capítulo 3

Derick sacó el teléfono de su bolsillo y miró la pantalla.

—Discúlpenme —dijo, dirigiéndose a las personas que ocupaban la sala de juntas—, tengo que tomar esta llamada.

Se levantó, llegó hasta la gruesa puerta de cristal y salió al pasillo. No dejaría que la llamada de Siobhan se fuera al buzón de voz, aunque sabía que la conversación no sería muy agradable. Lo mejor sería terminar con el asunto lo antes posible. Pulsó “Responder” y se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola.

—¿Qué demonios es esto? —dijo la furiosa voz femenina del otro lado de la línea.

—¿Qué cosa?

—Las escrituras de la galería —dijo ella. Derick respiró hondo para mantener su voz calmada.

—Al parecer ya sabes lo que es. ¿Necesitas algo más? —dijo, y aunque sabía que su tono era muy seco, no hizo nada por evitarlo. Siobhan no le había dado la oportunidad de explicar nada y ahora lo llamaba, furiosa. La escuchó respirar unos instantes, y luego soltar un suspiro agitado.

—Sí, sí necesito algo más. Necesito que me expliques qué esperas que haga con esto. Me acabas de mandar las escrituras de una galería que compraste y —se detuvo un momento—, ni siquiera voy a preguntarte cómo supiste cuál era mi vuelo.

A pesar del contexto, Derick no pudo evitar sonreír.

—Estoy volando de vuelta a Detroit, Derick. ¿Qué demonios voy a hacer con una galería de arte en Nueva York?

—No estoy seguro —respondió él, metiendo una mano en el bolsillo—, véndela, adminístrala, contrata a alguien que la administre por ti.

—Veo que consideraste todas las opciones —escupió ella, su voz chorreaba

sarcasmo. Derick respiró hondo procurando calmarse. Aunque intentó suprimirla, podía sentir la tristeza subiendo por su garganta.

—Las escrituras eran un cabo suelto y necesitaba dártelas para concluir el tema. La galería es tuya. Siempre estuvo planeado que fuera tuya. Haz lo que quieras con ella.

El silencio del otro lado de la línea duró un momento y luego fue interrumpido por un pesado suspiro.

—Estoy cansada de pelear —dijo Siobhan.

—Tú misma lo dijiste. Se acabó. Ya no queda nada por qué pelear —dijo con solemnidad, y se detuvo esperando que las palabras tuvieran el peso que quería darles—. Tengo que volver a una junta. Hay gente esperándome.

—Está bien —dijo ella. Su voz era suave, pero de alguna manera no sonaba débil.

—Hablamos luego —dijo Derick, tallándose la frente. Luego reconsideró—: o supongo que no. De cualquier forma, si tienes preguntas acerca de la propiedad, puedes llamar al número que está en la escritura. Es el teléfono de mi abogada. Ella puede ayudarte con lo que necesites.

—Está bien —repitió Siobhan.

—Disfruta la galería.

Los personajes e incidentes de este libro son resultado de la ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia ajena al autor.

RADIANTE

Título original: *Radiant*

© 2016, James Patterson

Publicado en colaboración con BookShots, un sello de Little, Brown & Co., una división de Hachette Book Group, Inc.

El nombre y logotipo de BookShots son marcas registradas de JBP Business, LLC.

Traducción: Lorena Amkie

Portada: © 2017, Hachette Book Group, Inc.

Diseño de portada: Kapo Ng

Fotografía de portada: AVprophoto/Shutterstock

Fotografía de contraportada: Jezper/Shutterstock

D.R. © 2017, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Eugenio Sue 55, Col. Polanco Chapultepec

C.P. 11560, Miguel Hidalgo, Ciudad de México

info@oceano.com.mx

www.oceano.mx

Primera edición en libro electrónico: octubre, 2017

eISBN: 978-607-527-348-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:

Capture, S. A. de C. V.

OCEANO

INFORMACIÓN • NOTICIAS • NOVEDADES



www.oceano.mx



www.oceanotravesia.mx



www.facebook.com/editorial.oceano.mexico



www.twitter.com/oceanomexico

Índice

Portada
Página de título

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Datos de la autora

Página de créditos